



SS

**SERVICIO
SECRETO**

PETER DEBRY
**LOS TIBURONES
DEL "TRITON"**



PETER DEBRY

LOS TIBURONES DEL "TRITÓN"

**1^a. EDICIÓN
DICIEMBRE. - 1951**

EDITORIAL

Proyecto, 2-T. 284453



BRUGUERA

BARCELONA (6)

OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS EN ESTA

COLECCION:

1. — La brigada de los suicidas. 4. — Sirenas tropicales. 6. — Los cuatro ases. 8. — El castillo de los ahorcados. 10. — Peces de platino. 12. — Gangsters en Casablanca. 14. — Valses tétricos. 16. — Los buitres negros. 18. — En busca de una cabeza. 20. — La atómica en Hollywood. 24. — La bella del Bósforo. 26. — La isla Corazón. 28. — Los diablos del Ártico. 32. — El pulpo humano. 36. — Piratería moderna. 38. — Un pistolero en el F. B. I. 40. — Dama «Dinamita». 44. — Doctor Borgia. 46. — Asesinatos en el Estadio. 52. — La muerte lenta. 54. — Platillos volantes. 56. — Aviones sin rumbo. 64. — El vampiro de Brooklyn 66. — Cadáveres ambulantes.

PRINTED IN SPAIN

Reservados los derechos para la presente edición

Impreso en Gráficas Bruguera, Proyecto, 2 — Barcelona

"LOS TIBURONES DEL" TRITON"

por
PETER DEBRY



I

El Estado de Maryland está dividido en dos por la Bahía de Chesapeake, que constituye la más vasta entrante del mar en la costa atlántica de los Estados Unidos.

La principal ciudad del Maryland es Baltimore, uno de los mayores puertos norteamericanos. La abundancia en sus plazas de edificios conmemorativos ha valido a Baltimore el sobrenombre de «La Capital Monumental».

La Bahía, en sus doscientas millas de largo y de diez a veinte millas de ancho, es navegable hasta para los buques de mayor tonelaje. Veintiséis millas al sur de Baltimore, está la ciudad de Annapolis, sede de la Academia Naval de los Estados Unidos.

Un hombre, poco amante de viajar, se hubiera desesperado si hubiese tenido que hacer lo que por más de un mes estaba realizando Alan Lorimer. Y un cosmopolita drogado por los viajes, se hubiera aburrido también caso de tener que imitar a Alan Lorimer.

Hacía ya un mes que, bajo distintas apariencias, Alan Lorimer, agente del Central Intelligence Agency, uno de los mejores contraespías del departamento filial del F. B. I., recorría incesantemente todo el litoral comprendido entre Baltimore y Annapolis.

Y no obstante su misión era sencilla. Se limitaba a encontrar a una mujer.

Una mujer rubia, de espléndida y llamativa belleza, de nacionalidad sueca, inscrita en su partida de nacimiento, ocurrido veintitrés años antes, con el nombre de Ingrid y el apellido de Engel, si bien a partir de sus dieciocho años había cambiado frecuentemente ambas cosas.

Ingrid Engel era considerada por los servicios del contraespionaje

alemán, inglés y francés como la reencarnación de Mata-Hari.

Inteligente, hábil y dotada, de una gran simpatía, Ingrid Engel hasta entonces no había podido ser siquiera arrestada. Cualquier asunto ele envergadura en el que los contraespionajes tenían la certeza de que Ingrid Engel había intervenido, era descubierto más tarde o más temprano, pero nunca podía demostrarse con evidencia de pruebas la participación de la sueca.

Cuando el C. I. A., llamó al agente Lorimer, lo único que se le notificó fué:

—En Baltimore ha sido vista Ingrid Engel. No estuvo hasta ahora en los Estados. Averigüe lo que intenta. Informe lo antes posible.

Y Alan Lorimer empezaba a odiar con furia africana a una mujer invisible llamada Ingrid Engel, a la cual trataba de encontrar desde hacía treinta días.

Cuando insinuó, a su superior que, posiblemente, Ingrid Engel se había ido a otro lugar, recibió telefónicamente el eco de un bufido precediendo a una réplica poco amable:

—La Engel está entre Baltimore y Annapolis. Oiga, Lorimer, usted es un sinvergüenza, es un matón, es un borrachín, pero hasta ahora no ha sido un borrico. Si antes de siete días no puede informar sobre los pasos de la Engel, le destinaré a un caso adecuado a sus fuerzas: encenstrar al jorobado paralítico que pide limosna en la esquina de la avenida...

Pero Alan Lorimer había ya colgado. No estaba de humor para recibir las ironías de su enemigo-amigo.

Entró en un bar, y pidió su bebida favorita: un vaso grande, pero estrecho, con tres trocitos de jugo de naranja y un tercio de coñac.

Y en un rincón, se dedicó a monologar furiosamente:

—¿Borrachín, eh? El coñac despierta mi cerebro, so capullo.

Era el epíteto que dedicaba a su jefe, cuando algo no iba a pedir de boca. Prosiguió:

—No es vanidad, so capullo, pero si ella está por aquí, y yo no he sabido encontrarla, es porque se esconde en un hoyo.

Bebió lentamente, recordando todas sus investigaciones. Primero, las rutinarias: hoteles, playas, cabarets. Después, las corazonadas, por deducción, pensando en lo que él haría si fuese una mujer como Ingrid Engel. Por fin, lo absurdo. Poblados pesqueros, tabernuchos inmundos, fondas de tercer orden...

Iba ahora equipado en su forma preferida, después de haber aparentado ser un viajante de comercio, un agente de seguros y otros cargos semejantes que le permitieran llamar a todos los timbres, y enterarse de cuantas novedades ocurriesen en todo el litoral comprendido al oeste de la Bahía.

Ahora vestía sencillamente y con comodidad. Unas botas cortas de

agua, un pantalón azul de marinero, un jersey gris, un chaquetón azul, y una gorra de visera. Podía ser un tripulante sin trabajo, un patrón de cabotaje o uno de los tantos pescadores de la Bahía.

Cuando hubo bebido su tercera mezcla, empezó a rebosar su cerebro de ideas «geniales». Una genialidad de chispazo, porque al segundo de pensar que cada idea era magnífica, la rechazaba por estúpida.

Y fue a sentarse al borde del muelle K, el más exterior al oeste de Baltimore. Mirándose los pies, siguió monologando:

—Siete días, ¿eh? Siete tiros te daba yo, so capullo, si se cambiaran las tornas, y fueras tú el que estuviera en mi pellejo.

—Así se habla, ¡ajá! —aprobó alguien.

Alan Lorimer miró de reojo al que acababa de hablar gravemente, con una voz ronca que raspaba el oído.

A la luz del tibio sol que muy tímidamente pugnaba por vencer la frialdad de aquel atardecer de octubre, divisó a dos pasos de distancia un individuo sentado en idéntica postura: como un pescador sin caña.

Vestía, con un desaliño que rozaba la suciedad, un traje de confección barata, chillona, a cuadros. Tendría unos cuarenta años. Su rostro era redondo, con la nariz colorada, la cabellera, canosa. Todo esto encima de un recio corpachón.

Por costumbre, Alan Lorimer era poco comunicativo. Pero tuvo una corazonada: aquel desconocido le era simpático, sin poderlo razonar.

—A veces, siete puñaladas le dejan a uno muy descansado, ¡ajá! —prosiguió el otro, como si hubiera aguardado a que Lorimer acabase de detallarle—. Y no hacen ruido. Esta es la ventaja. Cuando yo estoy de negras, y pienso en algún piojoso que me molestó, aunque sea un siglo, antes, me reconforta mucho imaginarme que le arreo siete puñaladas. Me chocó que usted hablara de siete tiros. La cifra siete tiene buen partido entre nosotros, los caballeros de la aventura.

—De aventura, pase, pero de caballeros, me parece que usted y yo, tenemos muy poco.

—¡Ajá! Yo nunca he montado a caballo.

—¿Chistoso, eh?

—Cuando me duelen las muelas, trato de contarme chistes que no he oído.

—¿Le duelen las muelas?

—Peor. No tengo una lata, y un cigarrillo me parecería un obsequio de maharajá.

Alargó Lorimer el brazo, tendiendo un paquete de «Chesterfield». El otro alzó una zarpa ancha y velluda, y con extraña delicadeza acertó a coger al primer intento, entre su pulgar y el índice, un cigarrillo.

—Gracias. Cerillas, no.

Encendió con un viejo mechero de cordón rojo, sin gasolina.

Alan Lorimer miró hacia el embarcadero, donde no había más que un yate.

—Bonito, pero no es mi tipo. A mí que me den un buen cargo, lleno de costra en la quilla y de mugre en el entrepuente. Lo demás es camelo. El mar es una cosa muy seria para andar humillándole con un barquito como ése, que parece salido de un estuche.

—Un yate que vale sus buenos millones —comentó Lorimer.

—Eso es lo malo. Unos millones mal empleados en un casco para transportar niñas tontas y relamidos galanes. Fíjese, amigo... Este yate tiene una eslora de unos treinta y cinco metros, una manga de seis; un calado de por lo menos cuatro, y desplazará sus buenas ciento veinte toneladas. El palo es hueco y de acero, y el aparejo aguanta bien sus seiscientos metros cuadrados de trapo. ¿No es una pena que un yate así sirva para bailotear sobre cubierta, guardándolo anclado?

—Tiene buen ojo, marinero.

—¡Anda! La primera patata que Monty Morgan peló, fué a bordo de un asiático, y tenía Monty Morgan doce años. Desde entonces, Monty Morgan ha pelado toneladas de patatas, y ha navegado los siete mares. Monty Morgan tuvo la mala suerte de caerse de un moco, y se partió una pata. Bueno, eso suponiendo que usted sepa lo que es una pata y un moco.

—El moco en el mar es la percha pequeña que pende del bauprés, y una pata es buena o mala, según con ella se camine. Y cortesía por cortesía. Si usted se llama Monty Morgan, yo me llamo Alan Lorimer.

—¡Aja! A la que le calé, me dije: «Este muchacho vale un rato largo, Monty, y a lo mejor está como tú, varado y sin rol».

—Eso es. Buena calada, Monty. Estoy varado y sin rol.

—Yo no vuelvo al casco donde me partí la pata, porque tiene la negra. Oye, Alan, de yates entiendo poco, y me gusta ilustrarme. ¿Qué significa lo que lleva este yate en el grimpolón?

Miró Lorimer hacia el pequeño banderín que ondeaba en lo alto del gran mástil. Pintado en azul llevaba un asterisco, bajo el cual había una raya, y a su vez bajo la raya había una letra mayúscula: «N».

—Es la fórmula internacional de Arqueo para yates. Por ejemplo, si un yate tiene seis metros de eslora, llevará el número seis.

—Allí no hay ningún número.

—Porque los yates que pasan de los catorce metros de eslora o largo, llevan un asterisco, y la letra equivale a nacionalidad. La «ene» es para los yates de Noruega.

—¡Un yate noruego en Baltimore! El mundo es un pañuelo mojado, Alan. Estará aquí para tomar parte en la «Copa América».

—La «Copa América» se corre en abril.

—Ayer y anteayer estuve aquí toda la tarde, Alan. Y hoy, volví, no sé porqué.

—A lo mejor te has enamorado del «Tritonius», o imaginas lo que harías si fueras tú su dueño.

—Si yo fuera el dueño de este yate, lo vendía al instante, y compraría un casco decente. Ahora lo que sí puedo jurarte que no vendía, es lo que lleva a bordo.

—¿Y qué lleva a bordo?

—Una rubia que quita el hipo?

—No me hables de rubias, que estoy de ellas hasta la coronilla.

—Pero esta rubia es clase especial, Alan. Mira, sobre unas piernas que son un poema, coloca un cuerpo que es una ilusión, y un rostro, ¡ay, galerna!, ¡qué cara!

—Estás enamorado, Monty.

—Como un energúmeno. Te mentí antes al decirte que volví aquí sin saber porqué. Era para ver si volvía a otear a la maravilla de rubia. Rubias hay muchas, pero como la del yate, no las han fabricado todavía, o no las supe ver. Tú figúrate una rubia que...

—Prefiero figurarme delante un buen fraseo de coñac.

—¡Hombre! No insistas, que no quiero que te ofendas. ¿Dónde está el frasco ése que mencionas, Alan?

Alan Lorimer sé levantó, y Monty Morgan hizo lo propio con presteza.

—No se te nota que te rompiste un remo.

—Me lo repararon bien. Y en oyendo hablar de un desinfectante tan recomendable como el coñac, muerto, Monty Morgan, resucitaría.

Se encaminaron hacia el bar, Alan Lorimer medía un metro ochenta y el gorro de lana de Monty Morgan estaba a la misma altura que su gorra de visera.

Sentáronse en un rincón, junto al Ventanal que daba al muelle K.

—Un irasco virgen de Hennessy —pidió Lorimer al que estaba tras el mostrador.

—Hennessy —repitió devotamente Morgan, poniendo los ojos en blanco.

—Ni que se llamara, así la rubia.

—El coñac a un lado, y ella a otro, Alan. Es de esas mujeres que, al verlas por vez primera, le inspiran a uno deseos de escribir poesías con un lirio sobre una piedra de volcán. Pasión y espíritu, ¡ajá! Tiene la piel blanca, lechosa, como la cal que quema. Unos ojazos como las algas o la uva sazónada. Una boca, ¡ay, galerna! ¡qué boca!

—Eres enamorado, Monty.

—¿Yo? ¡Quita allá, muchacho! Me casé a los veinte, me divorcié a los veintidós, y reincidí, volviendo a casarme a los veinticinco. Por

suerte para los dos, ella se murió de una pulmonía hace diez años. Le cogí un odio feroz a la mujer, porque con dos esposas tuve bastante. Pero es que esta rubia es algo de miedo. ¡A tu salud, Alan!

Bebieron. Alan Lorimer sonrió. Dos hombres obsesionados. Morgan con la rubia del yate, y él con la inaprehensible Ingrid.

—¡Ay, galerna! ¡Qué bueno! —relinchó Morgan depositando su vaso vacío.

Alan Lorimer escanció otras dos generosas raciones que dejaron el frasco a medias. Bebieron lentamente, a sorbos golosos.

Pasó un intervalo de unos cinco minutos en que ninguno de los dos habló. Y sin embargo ambos se encontraban a gusto, sabedores de que allí nacía una recia amistad.

—Lo tiene todo.

—¿Quién? —dijo Lorimer, abandonando sus pensamientos.

—Ingrid.

Los nervios ele Alan Lorimer llevaban cinco años de buen entrenamiento. Pero no pudo evitar el morderse el labio...

Acariciando su vaso, Monty Morgan susurró:

—Ingrid... Fíjate, muchacho. No es nada, dos sílabas... Ingrid. Casi si quieres, se parece al gruñido de un pato tuberculoso. Y sin embargo es melodía, es miel, es arrope. Ingrid.

—¿Quién es Ingrid?

—Ayer, estando yo donde nos hemos conocido, el bote que lleva a bordo el yate, pasó a unas diez yardas. Remaban dos tipos escandinavos. Y a popa iba ella, con un abrigo azul, y un chal de lunares sobre los cabellos. ¡Ay, galerna! ¡Un poema! A su lado tenía un tipo con un lente en un solo ojo, más irritado que un bacalao seco. Y, el tipo hablaba en una lengua de ladridos. No entendí nada, pero ella le replicó algo, que tampoco entendí. Debía ser aplastante, porque el tipo, como si hubiera recibido un latigazo, dijo por dos veces con reproche gemebundo: «Ingrid, Ingrid». Y ella se limitó a negar con la cabeza.

—Podían ser dos sílabas equivalentes a una palabra.

—No. De idiomas chapurreo el mío, el español y el portugués. Pero de pupila y oído ando estupendamente, y el tipo del monóculo, al decir «Ingrid, Ingrid», no hacía más que nombrarla a ella.

—Vaya, hombre, ¿con que Ingrid, eh? Verás, hasta hoy la única Ingrid que oí nombrar fué la Bergman, que también es canela de la fina. ¿Y qué decías de que estás sin rol?

—Bueno, no he ido al listero.

—¿Quién es ése?

—El del muelle, que tiene la lista de los tripulantes solicitados.

—No estaría mal que tu Ingrid necesitase a bordo algún buen marinero. Así la verías de más cerca.

—¡Ay, galerna! Vamos a ver al listero. Me llevo el frasco, que aun queda algo, y es para saborearlo.

—Bueno. ¡Eh, amigo, cóbrese!

En el empedrado resonaron presurosas las botas de Monty Morgan. La oficina del enrol, era como todas. Marineros esperando, y de vez en cuando, el altavoz pidiendo un número de hombres para un barco determinado, citando la paga, ruta y capitán.

Monty Morgan supo abrirse paso entre fogoneros y engrasadores. Llegó junto con Lorimer a una ventanilla. Conocía al empleado.

—Hola, John. ¿Algún capitán pidiendo gente buena? Nada de barcos sucios, sino algo limpio: un trans, un turismo, o un yate, en fin, algo suculento.

El empleado movió la cabeza negativamente:

—Lo siento, Morgan. Sólo hay lo que oyes. Pero, si quieres, te inscribo con el número uno para cuando se presente la ocasión.

—¡Ajá! Apunta también a mi compinche: Alan Lorimer.

—¿La cartilla? —pidió el empleado, abierta la mano hacia Lorimer.

—Te la enseñaré, cuando le des el empleo, John. Apúntalo. Como yo, de timonel para abajo todo lo que se presente, pero esta vez, en un casco blanco y oliendo a brea perfumada. Abur.

En la calle, Monty Morgan ofreció el frasco, andando.

—Mala suerte, hombre. Ya empecé a soñar que Ingrid me pedía a mí que le llevase el desayuno. Hubiera sido demasiada casualidad. Están completos. No he tenido suerte.

—La suerte es una palabra fácil, Monty. Es suerte la del ciego que encuentra un billete de cien en un rincón oscuro, o la del que tiene un caballo cojo que llega el primero. Pero los jabatos como tú y yo, se fabrican la suerte.

—Veamos a ver.

—¿Te gustaría ir en el yate?

—Verla, suspirar, olería, gemir...

—Escucha, a mí me da igual ir en este yate, que ir montado en el cerdo de un tío vivo. Si el «Tritonius» no zarpa pronto, tú y yo iremos a bordo.

—No hay más que hablar. Si dices que iremos a bordo, iremos a bordo. Ahora, ¡que me zurzan si sé cómo se hará el milagro!

—Vamos a instalarnos en el bar, que va a ser nuestro cuartel de vigilancia y ataque.

—Dios, Dios... Esto se va poniendo interesante.

Entraron en el bar, y el único camarero acudió con presteza a la demanda:

—¡Otro frasco gemelo del reciente difunto! ¡Y dos corchos!

El camarero no se extrañaba de nada, sobre todo procediendo de un marinero que había ya bebido medio frasco de Hennessy.

Colocó la botella y los dos corchos que estaban sobre un platillo. Monty Morgan bebió, relinchó y esperó.

Alan Lorimer bebió, dejó el vaso, y señaló el platillo.

—Imaginación, Monty. La imaginación es nuestra gran fortuna. ¿Qué pasas calor? Piensas que estás en Alaska, y con un poco de imaginación, tiritas. Mira éste platillo. No es un platillo.

—No es un platillo.

—Es la cubierta del «Tritón» No me gustan los latinajos.

—¡Ajá!

—Estos dos corchos, ¿qué son?

—Dos corchos.

—Son dos tripulantes del «Tritón».

—Bueno. Lo son.

Alan Lorimer cogió los dos corchos, y sacado de su bolsillo una navaja, empegó a cortar rajitas en cada corcho, hasta que los desmenuzó. Preguntó:

—¿Qué ha pasado, Monty?

—Papilla. Dos tripulantes menos en el «Tritón»... ¡Ay, galerna! Ahora te veo venir. Pero, hombre... tanto como apuñalar a dos pobres tipos que no nos han hecho nada...

—En sentido figurado. Los dos de a bordo, no estarán siempre a bordo. Alguno bajará a por provisiones, a beber, a juerguear... Acechamos, y cuando bajen dos o tres o cuatro, los seguimos con disimulo. Y si la suerte lógica, tratándose de marineros, quiere que dos cuando menos se metan en cualquier surtidor de alcohol, ya estamos a bordo del «Tritón».

—¿Y de estos sitios que tienen rejas, qué?

—No se trata de atacarlos directamente. Se trata de que allí donde entren organizaré el follón, pero bien organizado. Y en esto, presumo de entender. Cuando andemos enzarzados, ya procuraré que los dos tripulantes del «Tritón» queden cuando menos inutilizados por un mes. Lesiones sin maldad. Una pierna rota, un par de costillas hundidas, cosas de broma, vaya...

—Líbreme el infierno de ti cuando te pongas serio. ¡Aceptado! Todo sea por Ingrid. ¡Al acecho! Luego, lo único que habrá que cuidar es la retirada... ¿Dónde vas?

—Al teléfono. Necesito pedir mi cartilla.

—Estás en todo, Alan. Buen piloto. Aquí estoy al acecho. Y gracias porque eres un buen amigo. Eso es, un buen amigo.

En la cabina, marcó Lorimer un número de Washington. Correspondía a la sección naval del C. I. A.

—...En el muelle K, de Baltimore, en el «Merryboys». Habla Alan Lorimer. Un compañero que me traiga cartilla profesional de marino. Necesito relación de los ocupantes del yate «Tritonius», de matrícula

noruega. Necesito saber el mínimo de tripulación a bordo de un yate de treinta y cinco metros de eslora. Hasta las tres de la madrugada estaré en el «Merryboys», pero me urge cuánto antes lo solicitado. Hay sesenta millas de distancia entre aquí y donde estás. Y presumía de archivos. Que se vea.

Colgó. Al regresar a la mesar oyó decir a Monty Morgan:

—Retira este sifón, Baco. No hay nada que emborrache más que el sifón. Descompone en millones del burbujas el coñac. ¡Ajá! He estado pensando en algo, Alan.

—Se te nota.

—Descalabramos a tres o cuatro, bien... De acuerdo. Pero los del yate a lo mejor, no piden nuevos tripulantes.

—¿Cuántos hombres calculas que el reglamento «Yatching» exige en un yate como aquél?

—Tiene dos motores Diesel. Son pues tres turnos de maquinistas, a dos, seis maquinistas, o engrasadores. Para el timón, tres. Para el aparejo, tres turnos de tres. Un cocinero y un camarero. Suma, y resultan, ¡ay, galerna!, ya no sé sumar.

—Veinte. Lo mínimo, veinte. Y no creo lleven elementos de adorno. Vamos a hacer dos turnos, Monty. Desde aquí vemos el yate, y si arrían el bote. Pero no vemos a dónde irá el bote. Propongo pues uno aquí, y otro en el desembarcadero. Son las seis, y elijo el segundo turno a la intemperie. A la medianoche te relevaré.

—A la orden.

Salió Morgan pisando fuertemente, y poco después su robusta silueta se esfumaba en la tiniebla que iba desdibujando el muelle.

Alan Lorimer se reclinó contra la pared, examinando el blanco contorno del yate «Tritón». ¿Qué planeaba o había ya realizado Ingrid Engel?

A las siete y media, habían desfilado ante él, una docena de individuos. Cuando entró uno, rechoncho, con rostro de mal genio, vestido a semejanza de Lorimer, éste gruñó:

—Vaya... El capullo en persona.

El jefe de la sección a la que pertenecía Lorimer, se sentó ante él.

—A las tres y cuarenta localicé a Ingrid. Está a bordo de aquel yate. Si no zarpa pronto, me meteré a bordo.

—Escuche, Lorimer, yo le aprecio...

—Y me llama matón, sinvergüenza y borrachín.

—Tres cualidades si las emplea bien. El caso es que, por donde anda Ingrid, ronda la muerte. Usted vigílela, pero no es necesario que se meta en la misma caverna de la tigresa.

—No sea truculento.

—Usted tiene excesiva confianza en sí mismo. Pero hasta hoy no tropezó con un adversario de la categoría de Ingrid.

—Porque hasta hoy ella no tropezó con Alan Lorimer.

—El yate llegó procedente de las Bermudas, hace quince días. Desde que fué vista Ingrid, no se tiene la menor noticia de sus pasos. El yate es propiedad de Lars Printz, un financiero noruego, respetable, muy bien considerado.

—¿Lleva monóculo?

—Sí. Su fotografía ha aparecido frecuentemente. Finanza inventos y proyectos, por más disparatados que sean. Ha fracasado algunas veces, pero cuando acierta gana cientos de millones. Muy inteligente.

—¿Cuántos a bordo?

—Este es el control del «Yatching». Veinte tripulantes.

—¡Ajá!

—¿Qué?

—Nada. ¿Cuántos huéspedes?

—Lars Printz y su hermano Olaf. Nadie más.

—¿Para salir necesitará enviar al «Yatching» relación de cuantos van a bordo, no?

—Sí.

—¿Mi cartilla?

—Extendida a su nombre, con cinco años de navegación, en distintos barcos, cuyas, características relacionadas debe estudiarse, y con los cargos de camarero, engrasador, gaviero y ayudante de timonel. Se cita que habla usted español y francés. No se menciona que conoce el alemán y el sueco.

—Comprendido, jefe. Usted no es tonto, no.

—Gracias. Dígame su plan.

—Descalabrar a los dos primeros que salgan del yate. Estoy ya inscrito en el rol de vacantes.

—Suerte. Para comunicar, use la clave telegráfica doce. No crea que el yate permanezca mucho tiempo en estas aguas. Lars Printz viaja mucho. ¿Precisa un par de compañeros para su plan?

—Me sobro.

—Si no puede subir a bordo, notifique la salida del yate.

—El yate zarpará conmigo a bordo.

El inspector, miró, ya en pie, el frasco medio vacío.

—Ingrid es nórdica. Bebe y aguanta, Lorimer.

—Mejor que mejor. ¿Yo soy un chico guapo, ¿verdad?

—Eso dicen las necias que se enamoran de usted.

—¿Yo soy un chico listo, no?

El inspector hizo una mueca de desdén, antes de replicar:

—Los más listos del «I.S.», del «D.B.» y de la «Gestapo» fracasaron con Ingrid. Si usted triunfa, se va a poner insoportable, porque nunca fué la modestia su complejo. Las escalas del yate serán vigiladas. Si usted muere por el camino, mandaré otro agente.

—¿A cuánta gente ha matado Ingrid?

—Esto trate usted de demostrarlo. Suerte.

Tendió la mano el inspector. Ambos sonrieron, al juntar las palmas. Al quedarse a solas, fué estudiando Lorimer cuantos papeles contenían su cartilla de marinero. En breves resúmenes se le instruía técnicamente sobre las funciones de engrasador, motores Diesel, gaviero, y ayudante de timonel.

A la medianoche, abandonó el bar. Se reunió con Monty Morgan. Envueltos en la bruma, alzados los cuellos, al hablar despedían vaho:

—Nadie se mueve. Y es tarde ya, para que salga ninguno.

—A dormir. Me alojaré allí, en aquel fonducho. Desde la ventana veo el muelle. ¿Dónde duermes?

—Tengo la fonda pagada. Pero oírte roncar no me disgustaría.

—Vamos pues.

Al día siguiente, tampoco el bote del yate abandonó sus cabrias. Al anochecer, terminando de cenar, se dispusieron los dos a jugar al *poker* de dados.

—¡Aja! —exclamó Morgan—. El bote va a trabajar.

La linterna de babor, iluminaba con rojizo resplandor las planchas color caoba del bote que lentamente descendía por el costado. Iban en su interior cuatro hombres...

Y a popa, una mujer envuelta en un abrigo azul, cubierto el rubio cabello por un chal.

II

A medida que el bote se iba acercando al desembarcadero del muelle K, hacíanse identificables sus ocupantes.

A cada remo, dos individuos con clara traza marinera, racialmente nórdicos. Largos cabellos rubios, tez rojiza, desgarrados, jóvenes.

En el banquillo de proa sentábase un atleta corpulento, de ancho rostro, vestido de azul, con chaquetón canadiense, de cuello de piel, cubierta la cabeza con una boina marrón.

Al banquillo de popa, junto a la mujer, estaba otro hombre, vestido de forma semejante al de proa. También era un atlético coloso.

Y ella, si bien alta, se empequeñecía junto a los cuatro nórdicos. Alan Lorimer, miró a lo largo del muelle. Divisó, a unos diez metros de la escalera del desembarcadero, un coche detenido, con los faros apagados.

—No contaba con esto —murmuró.

—¿Con qué?

—Van a coger el coche, y se largarán quién sabe dónde. A pie no vamos a seguirles. Colgarme del portaequipajes lo puede echar todo a perder.

—Bueno. No hace falta seguirles si suben al coche. Ya volverán.

—Quédate aquí, Monty. Yo veré el modo... No hay ni un maldito «taxi» por este muelle.

—No es de pasaje.

Al extremo de la acera donde se hallaban, a treinta pasos del desembarcadero, había una cantina. Alan Lorimer dijo, echando a andar:

—Una moto. Una «Harley» que se come las millas como el pan.

—Sí. Una Harley de un policía de tráfico.

—Pero sirve, ¿no?

—Oye, no seas impulsivo, muchacho. Si coges la moto...

En la acera opuesta, surgiendo de la invisible escalera, acababan de subir los dos individuos de la canadiense y la boina marrón.

Miraban em redor, como si previnieran o esperasen una agresión posible. Separándose unos cinco pasos, caminaron lentamente, hacia el coche.

Surgió ella, y a su lado, uno de los marineros. ¿Más atrás, el otro.

—La escoltan. Y se nos va.

—Tómalo con calma, Alan. Ya volverán. Total, lo que queremos es ir a bordo. Nada más.

—Pero la ocasión hay que buscarla.

No podía Lorimer explicar a Morgan, por más confianza que él le inspirase, que su máximo interés radicaba en saber qué se proponía Ingrid Engel en Norteamérica.

Los cinco pasajeros del yate se dirigían hacia el coche. Seguían andando prudentemente, alertas, como si de un instante a otro temieran un ataque, o tuvieran que realizar algo prohibido.

—Quédate en el «Merryboys», Monty. Tan pronto ellos entren en algún sitio propicio, te telefono para que acudas.

—Hombre, no es que me raje, pero eso de birlarle la moto a uno de la policía, no me hace mucha gracia.

—Por eso mismo. Espera que te avise, y sigue echándole la vista encima al yate.

Entraban en el coche sin ningún ocupante los procedentes del yate. Delante, uno los marineros, con uno de los de la canadiense.

Atrás, los otros dos se sentaron en los estrapontines, y en el asiento posterior, sola, ella.

El coche encendió un faro, arrancando. Alan Lorimer se acercó a la moto, examinando en rededor suyo. Pasaba un vigilante de muelles, unos marineros, una; chica pintarrajeada.

Vió a Morgan que miraba también en rededor con aprensión. Saltó súbitamente sobre el sillín, dando con el pie en el pedal de marcha.

Petardeó la moto con estruendo, que a Morgan se le antojó horrible. El coche, lejano ya, torcía una esquina junto a un hangar.

El trepidar de la moto, dió buen humor a Lorimer. Lo que le ponía nervioso era estar inactivo. Partió como una exhalación, para tomar el viraje ceñidamente.

Divisaba a lo lejos la luz piloto del coche en que iba Ingrid Engel. Y se echó a reír, algo rabioso. ¿Y si la Ingrid adorada por Monty Morgan resultaba ser una Ingrid que jamás hubiese oído el apellido Engel?

Sin embargo, resultaban sospechosos sus cuatro acompañantes, andando hasta el coche con pasos cautelosos, y la diestra en el bolsillo del chaquetón.

Se alzó Lorimer el cuello del suyo. Pensó en su jefe. Un hombre que no se recataba en decir que si le elegía para misiones donde la muerte era el más seguro final, se debía al absoluto desprecio en que Alan Lorimer tenía su propia vida y la ajena.

Alan Lorimer era un luchador malo que amaba el peligro yendo en su busca y embriagándose con las sensaciones que le proporcionaban sus arriesgadas aventuras.

El diminuto punto rojo de la luz piloto del coche le servía de referencia. Habían abandonado el casco antiguo de Baltimore, y remontaba hacia la avenida marítima al sur. Una autopista magnífica,

con dos amplias alamedas laterales.

Y a su extremo habían dos carreteras: la que conducía a Washington y la que llevaba a Annapolis, sede de la Academia Naval.

Tuvo Lorimer la corazonada de que Ingrid era Ingrid Engel y que se dirigían a Annapolis.

El coche penetró en la recta con que se iniciaban las veintisiete millas que separaban Baltimore de la base naval.

Una carretera de sinuosas curvas, cuyos virajes en muchos lugares, estaban cortados a ras de abismos profundos, sobre el mar.

Alan Lorimer, pese al ensordecedor ruido del motor de la moto que cabalgaba, oía perfectamente los chirridos agudos que producían las ruedas traseras del coche, que le llevaba cerca de una milla, de distancia.

No quería acercarse más, para no despertar recelos. No cabía duda que los ocupantes del coche llevaban un conductor expertísimo, pensó, para tomar aquellos virajes a una velocidad tan grande.

Y, con la temeridad que le caracterizaba, Alan Lorimer decidió que, puesto que aquella carretera sólo llevaba a Annapolis, esperaría en la entrada de la ciudad.

No se detuvo a pensar que él estaba rozando en cada viraje el salto definitivo a la muerte, despeñado.

Lo evitaba sólo por unos milímetros con ágiles ladeamientos del cuerpo, que imprimían a su máquina el movimiento justísimo que le impedía lanzarse como una flecha al abismo que flanqueaba la carretera.

Dando el máximo giro a los manillares, Alan Lorimer sonrió enardecido. Su potente moto acertaba, en la recta en que acababan de entrar, las distancias entre él y la luz piloto. Agachó la cabeza, apoyando el pecho sobre el depósito de gasolina, embalandó al máximo.

Pasó como saeta, por el lado del coche, dejándolo atrás prontamente, y durante diez minutos, sólo oyó el rumor del aire silbante desplazado a sus lados por el bólido mecánico.

Cuando su foco iluminó la pancarta que decía: «ANNAPOLIS, 1 milla», frenó, y suavemente deslizó la moto por el altozano, hasta obligarla a mantenerse en el arbolado de frutales. La tumbó, y en la absoluta obscuridad, se sentó, reprimiendo sus deseos de fumar un cigarrillo.

Pasaron dos coches hacia Baltimore. Y de pronto oyó dos ululantes sirenas. Vio pasar raudas las dos motos de tráfico. Seguramente le estaban buscando. Tenía sus ventajas ser agente del C. I. A. El robo de una moto policial, a otro le costaría algunos años de cárcel.

Vió llegar el coche, a marcha lenta. Tal vez estaban alertados por el paso de las dos motos.

Pestañeó porque el coche acababa de detenerse a unos veinte pasos, y tras un instante de parada, enfiló atravesando la carretera de parte a parte hacia la izquierda, en el sitio opuesto en que se hallaba él.

Entró por un sendero estrechísimo, y dejó de oírse el motor, porque volvía a detenerse a unos cuarenta metros.

Atravesó la carretera corriendo, agazapado, y atravesó por el campo de árboles frutales. Tomó un repentino cariño por los manzanos, que le permitían acercarse sin ser visto.

El coche, faros apagados, estaba vacío. Más allá, en la misma disposición de marcha que cuando subieron al muelle, iban los pasajeros del yate.

Se dirigían hacia una gran verja que cerraba el sendero. Tras la verja, un farol permitía ver un jardín-parque, una escalinata al fondo, y un chalet semejante a los alpinos de las guías de propaganda de Suiza.

Alguien debía hallarse esperando, porqué la verja estaba abierta, y entraron los cinco nórdicos. En dos minutos llegaron a la escalinata, entrando.

Alan Lorimer les imitó. Quería saber, pero en vez de subir la escalinata, saltó la balaustrada de la terraza, amplia, con mecedoras y mesas.

Se encaminó hacia la ventana de donde brotaba luz. Tuvo apenas el tiempo justo para meterse entre el cristal entreabierto y la doblada persiana vertical.

Al extremo de la terraza acababan de aparecer los dos individuos con traza de coloso, reconocibles por la boina marrón y la canadiense.

Oyó Lorimer los pasos aplomados, acercándose. Si le descubrían... Deslizó la diestra hacia el bolsillo interior especial, colocado en el forro de sus pantalones, y que partiendo del botón central, se ladeaba para dar cabida a una automática.

Los pasos eran de uno solo, que siguió de largo. Por lo visto, los cuatro acompañantes de Ingrid Engel montaban guardia alrededor de la casa.

Alan Lorimer miró al interior. Una sala con piano, biblioteca, una mesita despacho...

Entró. No solía pensar los casos demasiado. La alfombra era mullida y ahogaba el susurro de sus pasos dados sobre la punta de los pies.

Se adhirió a la puerta. Hablaban no muy lejos. Se aproximaban.... Miró cerca de él, saltando tras un reloj antiguo, amplio, macizo, de dos metros de altura.

La puerta se abrió, y entraron dos hombres entre los que iba ella. Cierto... Una rubia espléndida, luminosa, estatuaria...

A su izquierda, iba el del monóculo: el financiero Lars Printz, estirado, aún joven, distinguido.

El otro, era de corta talla, nervioso, con largos cabellos blancos y barbita en punta. Gruesas gafas daban aumento a sus ojos de miope. Sentóse ella, cerca del piano, cuya tapa levantó.

Lars Printz habló en sueco:

—He convencido a Strovel de que su magnífica Atlantropa puede ser una realidad.

Hans Strovel alzó la diestra, antes de sentarse.

—Atlantropa no es mía. Soy uno de sus fervidos creyentes, y he ampliado, como si dijéramos, su parte técnico-administrativa. El señor Printz me anunció que usted, señorita Engel, poseía buenas amistades en África.

—Así es —dijo ella gravemente, con voz cálida, algo indiferente.

—Son necesarios muchos millones, muchos —dijo reflexivamente Hans Strovel.

—Tantos, que yo solo no podía financiar este proyecto —intervino Lars Printz—. Estoy dispuesto a encabezar la sociedad de financieros que inicie los primeros pasos de establecimiento de la Atlantropa, la tierra del porvenir, el magno proyecto que a nuestros descendientes les dará un mundo mejor, con numerosas posibilidades.

Ingrid Engel bostezó, cubriéndose los labios con los dedos.

—He venido principalmente a advertirle de dos cosas, señor Strovel. Mi prometido es emprendedor, y al hablar de grandes negocios se embriaga, olvidando lo principal.

—Por favor, Ingrid... No es preciso...

—Sí, mucho. Muy preciso es que el señor Strovel sepa que desde el momento en que ha aceptado poner su talento aliado a tus posibilidades y crédito, corre un grave peligro.

—Me habló ya el señor Printz cenando, señorita Engel —sonrió el suizo.

—Le dije que tú, debido a cuestiones relacionadas con la reciente guerra, crees estar siempre rodeada de un constante peligro.

—En este mismo instante, alguien puede estar espionando —dijo ella.

Alan Lorimer, tras el reloj, sostuvo la respiración unos instantes. Oyó la risita del suizo Strovel.

—Los cuatro hombres que la acompañaron, señorita, vigilan la casa. Además, prefiero hacer el viaje en el yate del señor Printz. Es el mejor medio de evitar cualquier peligro. Es difícil que en el yate se introduzca alguno de sus enemigos.

—Ya sé que usted considerará imaginaciones femeninas mis temores. Yo le puedo garantizar que tan pronto mis enemigos sepan que estoy a bordo del yate, el «Tritonius» llevará muchos tiburones siguiendo la estela que deje, y en cualquier puerto... En fin, yo se lo

advierto lealmente, señor Strovel.

—Y agradezco su lealtad. Yo quería conocerla, señorita, porque al parecer, y según me dice el señor Printz, fué usted quien le aconsejó me ofreciera la financiación de la Atlantropa.

—Es un proyecto grandioso, digno de dedicarle la vida entera. Hace tiempo leí las primeras investigaciones resultantes de los estudios científicos del arquitecto muniqués Hermann Sörgel. El porvenir del mundo no está en América, sino en África. Tendremos tiempo de hablar a bordo, señor Strovel. Yo he venido para decirle solamente que correrá un constante peligro al estar cerca de mí.

—El señor Printz no parece estar disgustado con esta posible existencia de peligro.

—Lars me quiere, es distinto, señor Strovel, usted...

—Yo adoro con más amor del que puede dedicarse a una mujer por hermosa, inteligente y deleitable que sea. Yo amo la Atlantropa.

—Bien, pero me dijo Lars que, al parecer, usted tiene una nieta de la que no quiere separarse, y a la cual piensa llevarse consigo.

—En efecto, Trudi vendrá conmigo a bordo del yate. Me ha dicho ya el señor Printz que en su barco hay todas las seguridades apetecibles y es tripulado por expertos marineros, que a la vez son de un arrojo y coraje a toda prueba.

—¿Qué edad tiene su nieta?

—Diecinueve años. Es valiente, sumisa, callada, y además lo único que me queda de familia.

—Bien, ya le he advertido, señor Strovel. Me voy. ¿Cuándo han decidido embarcar?

—Mañana mismo al atardecer, Ingrid —dijo Printz, levantándose también.

—No me acompañes, Lars. Ya sabes nuestro convenio. Cuando esté en tierra, no quiero que me acompañes. Tu vida...

—Por Dios, Ingrid. Vives siempre pensando que estás espiada por enemigos

—Lo dicho, Lars. Vuelvo a bordo. Quería conocer al señor Strovel, y me parece un caballero leal. Me agrada usted, señor Strovel.

—Entonces llámeme Hans, Ingrid. ¿Nos permitirá la acompañemos hasta la salida de la casa, al menos?

—No hace falta. Hasta mañana.

Acarició la mejilla de Lars y estrechó la mano de Strovel. Se alejó.

Lars Printz murmuró:

—Discúlpela, Strovel. Ha vivido cinco años muy peligrosos, desde sus dieciocho. Una historia triste... que algún día, si ella me autoriza, te contaré.

—Si se siente amenazada, ¿por qué no acude a la policía?

—Son cuestiones de venganza privada. En fin, Strovel, vamos a

ultimar los detalles concernientes a la documentación de Atlantropa.

Abandonaron los dos la sala. Alan Lorimer salió de tras del reloj y dirigióse a la terraza.

Saltó al jardín, y poco después llegaba junto a su moto. Él coche ya estaba lejos.

Empujó la moto hasta la carretera, embalandó... ¿Atlantropa? ¿Qué sería Atlantropa? ¿Qué se ocultaba tras todo aquello?

Bueno, ya sabía mucho más que el día anterior. Pasó como una exhalación junto al coche en que iba la bonita sueca.

Le podía muy bien sacar al coche una delantera de cinco minutos. Y los había recorrido ya cuando rió sarcásticamente.

Dos motocicletas idénticas a la que él montaba acababan de aparecer por un recodo, y hacían sonar sus sirenas.

Una carrerita no vendría mal. Sacó el máximo de velocidad, y cuando fallaban apenas media milla para entrar en Baltimore, tres motos avanzaron hacia él por el centro de la calzada.

Los dos policías flanquearon a Alan Lorimer, haciendo señas con una mano para que parase.

Lo hizo Lorimer, cuando divisó el puesto de control policíaco, arrojándose a una de las aceras.

Ahorquilló la mola, y se frotó las manos. Los dos policías delante de él, le miraron con una escandalizada severidad. Uno habló:

—Entre allí, usted, en aquella puerta, la marcada con el número cuatro. Y tenga los pies y las manos tranquilos.

—Tranquilos, eso es, colegas.

Empujó la puerta metálica que le había señalado. Se dirigió al teléfono, puesto sobre la mesa de un teniente uniformado, del tráfico.

—Este individuo es el que robó la motocicleta del muelle K.

—La tomé prestada. No había más remedio. Telefónee, teniente, al número del Central Intelligence. Que le describan al agente Alan Lorimer, que soy yo. Tengo prisa. Estoy de servicio y no tenía a mano otro medio de locomoción. Présteme ahora el coche. No quisiera que me vieran otra vez con la moto. Dejaré el coche en el muelle K. Estos son mis documentos. Guárdenlos, hasta controlar. Pueden dejarlos mañana por la mañana en la hostería junto al «Merryboys», habitación cuatro, a mi nombre. ¿Puedo llevarme el coche? De un momento a otro pasarán los que me interesan.

—Sí —dijo el teniente, después de haber confrontado la foto especial de Alan Lorimer sobre su carnet.

En el coche, Lorimer seguía pensando en Atlantropa. No había aún pasado el automóvil de Ingrid Engel.

Abandonó el suyo en la esquina del hangar conducente al muelle K. Corrió hacia el «Merryboys», donde al entrar, acudió a su encuentro Monty Morgan:

—¡Qué jaleo, Alan, qué jaleo!

—Nada. Soy un tipo influyente.

—Te estarán buscando nubes de motociclistas. ¿Dónde vas?

—Al teléfono.

—Oye, hay en el embarcadero unos tipos sospechosos. Están aguardando... Hace ya unos minutos...

—Luego me lo contarás.

Entró en la cabina, y marcó, un número.

—Alan Lorimer al habla. Preciso mañana por la mañana, información detallada... Anota... Detallada sobre un tal Hans Strovel, que vive con su nieta a una milla de Annapolis. Y qué diablos es una cosa llamada Atlantropa.

Colgó. Fuera, Monty Morgan dijo:

—Jaleo. Lo huelo, Alan. Los que esperan abajo en el embarcadero, junto a la lancha, no son policías. Uno de ellos, tiene toda la pinta del pistolero asalariado. Un bruto de los que disparan por gusto.

—¿Cuántos hay?

—Tres abajo, y otros dos camuflados tras aquella caseta.

—Tenía razón Ingrid. Hay muchos tiburones en su rededor.

—¿Tiburones?

—Estos que esperan a que llegue el coche en que va ella, nos pueden dar la entrada a bordo. Tienen la ventaja de la sorpresa.

—Los cuatro que iban con Ingrid no parecen mancos.

El muelle K era poco transitado. Su embarcadero destinado a yates, se extendía al borde del agua, en un trecho de veinte metros entre dos escalones.

Una caseta destinada a un vigilante nocturno distaba unos pasos del malecón que ocultaba el embarcadero.

Entre los gruesos bloques había intersticios suficientes para en ellos ocultarse un hombre, en las tinieblas. Tres se escondían ya, llevando en sus diestras un corto cuchillo y en las zurdas una bolsita llena de arena, tipo de matraca muy efectiva, empleada en el hampa portuaria.

Bajaron la escalerilla los dos marineros. Seguía Ingrid Engel, y tras ella, los dos de la canadiense.

Uno de los marineros se destacó al entrar en el halo de luz que proyectaba la rojiza linterna de popa. Saltó dentro de la canoa, y en aquel mismo instante surgieron los dos emboscados por la izquierda y otro por la derecha.

El ataque fué tan fulmíneo como los destellos de sus cuchillos. Llevaban calzado con suela de goma...

—¡Ingrid! —clamó uno de los escandinavos, al tiempo que recibía una atroz puñalada en la garganta.

Su llamamiento semejó un gorgoteo, y en su agonía quería avisar a

la que, retrocediendo, subió las escaleras.

Los dos que la seguían se abalanzaron, hacia los tres que abajo se habían desembarazado de los dos marineros. No era tampoco una pistola lo que sacaron de los bolsillos de sus canadienses, sino una matraca larga.

Oyéronse los resuellos de la respiración agitada de los cinco hombres peleando entre sí. Uno de los atacantes estaba mal herido...

Ingrid Engel se detuvo, porque al ir a escalar el rellano, apercibió a los otros dos asaltantes, que abandonando su escondite tras la caseta, iniciaban al ataque.

—¡Ingrid! —repitió uno de los escandinavos, desembarazándose con hercúleo empujón del que, arañando el aire con su cuchillo, cayó al agua, semiabierto el cráneo por el golpe de matraca.

Otro de los atacantes, se abalanzó sobre el de la canadiense, asiéndole por el cuello cuando se disponía a acudir en auxilio de Ingrid Engel.

El ataque y la defensa tuvieron lugar en menos de un minuto. Abajo, dos contra dos luchaban ferozmente. Ingrid Engel vió descender el primer peldaño a los dos que salían de la caseta.

Y fue entonces cuando en el rellano apareció Alan Lorimer, adelantando veinte metros en su carrera a Monty Morgan.

Alan Lorimer sentía un deleite especial cuando se aproximaba el momento de pegar y recibir. Avisó, sin mucha lealtad, porque al tiempo de hablar saltaba ya sobre los hombros de uno y asestaba un doble puntapié en tijera al otro, por las espaldas de ambos:

—¡Allá vá!

En confusa masa, rodaron los peldaños los dos que iban a atacar a la sueca, y Alan Lorimer. Apenas tuvo tiempo ella de adherirse a la húmeda pared, para evitar rodar las escaleras con ellos.

Monty Morgan apareció en lo alto, clamando:

—¡Voy, Alan!

Ya en pie, Alan Lorimer pegaba un puntapié al que estaba incorporándose, mientras asía la muñeca del que, también ágilmente, se revolvía derecho, asestando un cuchillazo en sesgo.

Alzó la rodilla conectando con el estómago, y el cuchillo se hincó en su costado, pero amortiguado en su refilón. Alan Lorimer retorció la muñeca, y al caer los dos en su forcejeo, sintió el gemido de agonía del otro, cuyo cuchillo se alojaba en su vientre...

Soltó, para en pie, mirar en rededor. Monty Morgan no había tenido que intervenir. Yacían en el suelo cuatro hombres, en la canoa otro, y uno de los escandinavos, en pie, sangrando por el pecho, se apoyaba en el otro, hinchada la faz.

Al agua había caído un marinero apuñalado, junto con su agresor.

Ingrid Engel dijo apresuradamente en sueco:

—¡A bordo, Carl! Pronto. A bordo todos.

Haciendo muecas de dolor, uno de los escandinavos pretendió ayudar al otro a transportar a la lancha a los yacentes, pero al inclinarse, perdió el sentido, cayendo de bruces sobre la popa.

Alan Lorimer señaló a Monty Morgan a los que estaban en el suelo. Y después la canoa.

Asiendo tobillos y sobacos entre los dos, llevaron prontamente a los cuatro yacentes a bordo de la embarcación, mientras el escandinavo atendía a sus dos compañeros mal heridos.

Ingrid Engel, hasta entonces impasible, avanzó, deteniéndose ante los dos auxiliares improvisados.

—Gracias, señores —dijo en perfecto inglés—. Podré explicarles a bordo lo sucedido. Además, usted está herido. Tengan la bondad.

Entró ella en la canoa, y saltaron Morgan y Lorimer, el cual desató la amarra. El escandinavo dejó de atender a sus dos compañeros y sentóse en el banquillo de remos.

Monty Morgan hizo lo mismo, a su lado, y empezaron a remar, apoyando los pies sobre los cuerpos sin sentido.

Alan Lorimer, al lado de la sueca, a popa, comentó:

—¿No querían volver a bordo los muchachos? Seguramente borrachos.

—No eran marineros del yate. Nos atacaron inesperadamente, y puedo decir que gracias a la oportuna intervención de ustedes, no lamentamos un percance funesto.

El de la canadiense, sentado, se recuperó. A tientas, fué buscando hasta encontrar el rollo de cuerda, con el que arrastrándose, fué ensartando los pies, y después las manos de los cuatro atacantes.

El que remaba con poderoso y fácil entronque, dijo en sueco:

—Deja, Piotr. Dos están muertos. Hazle un torniquete a Strij.

Alan Lorimer contempló el seguro además con el que Ingrid Engel encendía un cigarrillo. La canoa avanzaba lenta, por su carga. Monty Morgan remaba acompasando su palada a la del escandinavo.

Por fin, en las negras aguas, fué dibujándose el semiarco de luz dimanando de estribor del yate. Se hizo visible la plataforma al término de la escalerilla, en la que había tres marineros, también forzudos.

—Llevad a estos a la sentina cuatro, y a vosotros que os vea Gunther. Él os curará —ordenó Ingrid en inglés.

Saltó a la plataforma, y mirando a Lorimer y a Morgan, invitó:

—Sígueme, señores.

Subió la escalerilla, atravesó un trecho de puente y abriendo una puerta encristalada, penetró en una amplía cámara, bien iluminada, con decorados y muebles de lujo ostentoso, pero sin chabacanería.

Se encaminó rectamente a un armarito, mientras Monty Morgan la

miraba profundamente fascinado. Extrajo una caja blanca encima de la cual aparecía dibujada una cruz roja.

—Quítese el chaquetón y la camisa. Tiene usted el hombro herido.

Alan Lorimer obedeció, mientras Morgan lamentaba no haber recibido el menor rasguño. Ella lo dijo:

—Usted sírvase el licor que prefiera.

Con gestos hábiles restañó, aplicó una pomada blanca, una gasa, y varias tiras de esparadrapo.

—No es nada —dijo Lorimer, volviendo a colocarse la camisa.

—Pudo ser mucho. Acudieron a tiempo.

—Salíamos del «Merryboys», cuando oímos un grito. Acudimos, y si hemos podido ser útiles lo celebramos. Por suerte, ni ellos ni ustedes empleaban armas de fuego.

—Tal vez para no llamar la atención. Son asuntos privados en los que ellos y nosotros preferimos no intervenga, la policía de los Estados Unidos.

En el umbral, apareció un hombre alto, guapo... Muy rubio, vestido impecablemente con un traje blanco cruzado, llevaba en la diestra una pistola. Tras él, dos marineros, matraca en mano, miraban al interior.

A la vez giraron sus tacones Lorimer y Morgan. El recién llegado, decía en inglés, y con expresión dura en el rostro:

—Hace ya tres días que están espiando el yate esos dos sujetos, Ingrid. Conviene llevarlos a la sentina con los otros. Son dos de los que tu llamas tiburones.

III

Alan Lorimer frunció el ceño, mientras Monty Morgan crispaba los puños. Ingrid dijo rápidamente, en sueco:

—¡Atrás con tus dos imbéciles, Olaf! Vete a interrogar, a los otros. ¡Vete, Olaf! —y en inglés añadió, mirando a Lorimer y Morgan lentamente:

—Excusen al señor Olaf Printz. Está un poco excitado.

—Un momento, un momento —dijo Lorimer, avanzando hacia Olaf Printz—. Usted acaba de acusarnos de no sé qué espionaje. Si no estuviera una señora delante me daría el gustazo de ver qué tal le sienta en la cara el rojo sangre contrastando con su panocha. ¡Maldición de rubiales! Si Monty y yo nos sentamos al borde del agua, era para hacer tiempo, esperando tener rol a bordo de algún barco. Y si tenemos la fonda en este muelle y no hay más barco que éste a la vista, no es nuestra la culpa.

Olaf Printz iba a replicar, pero una señal imperativa de Ingrid Engel le hizo martillarse, seguido por los dos marineros.

—Es el hermano del propietario del yate. Se confundió. Deben excusarle. Siéntense, por favor. ¿Qué pasa, Carl?

Era el de la canadiense, que sólo tenía la faz algo tumefacta. En el umbral, replicó en inglés:

—Strij está mal herido, Ingrid. Y Piotr tiene un desgarró muscular en la cintura y un esguince en el tobillo, además de un cuchillazo en el muslo. El doctor Gunther dice que los dos van para largo en la cama, y perdimos al pobre...

—Bien. Ya resolveré cuando venga el señor Lars. Ayuda al señor Olaf en el interrogatorio, Carl.

—Dos están muertos, Ingrid.

—¡Bien! Cuando venga el señor Lars resolveré, Carl. Vete.

Se fué el coloso, y ella añadió:

—Es mi hermano. Este yate pertenece al señor Lars Printz, de quien soy la prometida. El que usted llamó «rubiales» es Olaf Printz, mi futuro cuñado. Yo soy Ingrid Engel.

—Este es Monty Morgan, timonel, y yo soy Alan Lorimer, gaviero, engrasador, ayudante de timonel y sobre todo camarero.

—Y también un buen peleador —sonrió ella. Tendió dos copas con coñac, diciendo—: Creó les gusta.

—Te delata el aliento, Monty. Nos gusta, sí, señora. Somos de mar y en tierra pasamos frío y aburrimiento.

Ingrid Engel bebió lentamente, y conservando la copa entre sus dos manos expuso:

—Este ataque obedece a determinados motivos personales. Hay alguien interesado en hablar conmigo, sin dar la cara y procurando que yo quede a su merced. No acudo a la policía porque son asuntos antiguos, casi podríamos decir que familiares. No sé exactamente a cuál de mis numerosos enemigos pertenecen estos que ahora pretendieron cogerme a mí. A eso se debe que no empleasen armas de fuego. Yo llamo tiburones, a los que pretenden lo que por un instante esta noche, a no ser por ustedes, estuvieron a punto de lograr. En cada puerto puede esperarse la misma amenaza. Les explico todo esto por dos razones: la primera, porque les agradecería no dijeran nada...

—A nosotros no nos agrada tampoco la policía. Son muy curiosos, y además, ¡qué diablos!, la gente debe ser libre si quiere divertirse un poco pegando. ¿Verdad, Monty?

—¡Ajá!

—La segunda razón por la que les he hablado así, es porque oí decir que están sin rol. Han quedado inútiles dos de los míos y uno muerto. Lamentable, pero los que se han enrolado en el «Tritonius», han estado siempre advertidos de que, pese a ser un yate, no se dedicaba a cruceros de placer. El señor Lars Printz paga lo mismo desde el primero al último de los tripulantes, salvo al doctor Gunther. Una suma equivalente a veinte dólares diarios, manutención y al término del viaje una prima de mil dólares.

—¡Sopla! —exclamó Monty Morgan—. Perdón, quise decir, ¡caramba! En fin, quise decir, que esto es magnífico.

—No tanto —atajó Lorimer—. No has entendido bien, Monty. La señorita habla claro. Pagan así, porque te juegas el pellejo cada vez que tocas tierra.

—Exacto.

—¡Yo acepto! —declaró Margan, evitando mirar a la sueca.

—Donde vas tú, voy yo, Monty. Pero eso es para pensarlo, ¿sabes?

—La paga es única, excepcional, Alan —murmuró extrañado Morgan, pensando a qué venían ahora aquellos remilgos.

—Pero el señor Printz no tiene en su caja fuerte pellejos de recambio. No es que yo tenga mucho miedo a pelear, señorita, pero no me embarco sin pensarlo.

—Tiene razón Lorimer —aprobo ella—. Así al menos, si acepta, sabré que cumplirá. Nosotros no zarpamos hasta mañana al atardecer.

—Oiga, señorita... Cuando encuentren a los dos ahogados, verán que uno es del yate.

—Cuando llegue el señor Lars, les daré instrucciones completas sobre lo que deben decir. Supongo que tienen su documentación en regla.

—Sí. Podemos anotarnos en el rol de yates. Al fin y al cabo, veinte diarios y mil al final, casi forman un montoncito parecido a una fortuna, si el viaje es largo.

—Muy largo, Lorimer. Y confío en ustedes... No sé por qué, pero me guío mucho por el instinto. Y la gente de mar suele ser noble. Sé que no dirán nada a la policía, tanto si no se enrolan, como si aceptan. Repito las gracias, y no les ofrezco recompensa, porque sé que se ofenderían. Muchas gracias.

—Usted las posee todas —sonrió Lorimer—. Conste que si se lo digo, es porque todavía no formo parte de la tripulación. Después, si soy camarero o engrasador, sé cuál es mi sitio. Vámonos, Monty.



*...y fué entonces cuando en el rellano apareció
Alan Lorimer...*

—Buenas noches, señora. Cuento con que yo me enrolo.

—Buenas noches. Cuento con los dos. ¡Gösta! Lleva a los señores a tierra. Hasta mañana a las once, no pediré a la Comandancia los dos tripulantes. Buenas noches. .

Alejándose del yate, nada dijeron, mientras Gösta remaba también en silencio.

Al desembarcar, empujaron la proa y poco después, gruñía Morgan:

—Tú me embarcaste. Dijiste que navegar en aquel casco, no nos sentaría mal. Hablaste de romperles huesos a unos cuantos. Se nos presenta la ocasión, y te haces querer. La diosa casi te suplicó, y tú allí como si fueras un almirante.

—Es que lo soy. Ya oíste al rubiales. Nos llamaba espías. Si nos echábamos como lobos encima de la oferta, la misma Ingrid podía sospechar que éramos tiburones de esos.

—Bien que ha visto que seremos tiburones si hay que morder, pero no de los que la siguen a ella. ¡Bueno, te comprendo! Eres más listo que yo. Entonces, ¿aceptado, eh?

—Vaya que sí. Veinte por día, y mil si no nos tritura un tiburón. Eso hay que celebrarlo, Monty. Te presto diez y me invitas.

A la medianoche, ambos, tras copiosas libaciones, se acostaban. A la mañana siguiente, en tanto Monty Morgan desayunaba, Alan Lorimer en la cama, repasaba toda la documentación remitida a sus dos peticiones acerca de Hans Strovel y la Atlantropa.

Hans Strovel era considerado un investigador erudito, especializado en estudios geológicos. Un hombre intachable, por encima de toda sospecha, al igual que Lars Printz.

La documentación sobre la Atlantropa, interesó vivamente a Alan Lorimer. Era algo curioso, poco sabido... Leyó:

«LA ATLANTROPA». «Estudios de Hermann Sörgel».

«África es el complemento natural de Europa, por su cercanía. Es además, la región menos industrializada de la tierra. África tiene que ser el objetivo común de todos los europeos. Es la única alternativa que existe contra Eurasia. Lo que entendemos por Europa u Occidente hoy sólo puede ejercer su misión directora en África, cuyos grandes recursos sin explotar le permitirán ganar la batalla económica, sin guerra. África no es solamente un gran problema económico; también una empresa espiritual. Si penetramos, calibrándolos bien, los sufrimientos y la insensatez de nuestros tiempos, nos convenceremos de que Europa necesita con la máxima urgencia, algo que colme su anhelo, que le quite el desencanto, que impida su huida a América. Algo que merezca ser deseado, que logre llenarla de entusiasmo. Un ideal grandioso, algo posible, aunque a primera vista parezca fantástico. Un proyecto que uniría a los europeos, que otorgaría al trabajo un nuevo sentido humano y dignificador, creando un espacio auxiliar verdaderamente europeo. Este es el plan de la Atlantropa, ideado por el arquitecto muniqués Hermann Sörgel.

»La Atlantropa de Sörgel, «Tierra firme junto al Atlántico», descansa sobre el hecho de que el Mediterráneo, hasta los últimos tiempos de la época glaciaria, era en gran parte, tierra continental.

África y Europa se hallaban entonces unidas por un vasto puente, cuyos restos son Italia y Sicilia, y Europa y Asia no se encontraban aún separadas por el mar Egeo y los Dardanelos. Tampoco existía el mar Adriático. Sólo dos gigantescos lagos se abrían a Oriente y Occidente de Italia. Más tarde, como consecuencia de la fusión de los grandes glaciares de tierra adentro, inmensas avenidas hicieron ascender de nivel las aguas del Atlántico y del Mar Negro, rompiendo éstas los diques naturales de Gibraltar y Estambul, y se precipitaron hacia los lagos interiores, inundando las tierras de labor que los rodeaba. Así nació el Mediterráneo.

»Hoy en día, sigue realizándose esta afluencia de aguas. Cada segundo entran, con un desnivel de 13 centímetros, 88.000 metros cúbicos de agua del Atlántico hacia el Mediterráneo por el estrecho de Gibraltar; cada segundo, 4,200 metros cúbicos de agua pasan del mar Negro al mar Mediterráneo. Sin estos poderosos afluentes, el mar Mediterráneo se habría secado, hace tiempo, debido principalmente a ser un mar de gran evaporación, por lo que cede a la atmósfera mucha más agua de la que recibe de los ríos.

»De estos hechos, demostrados científicamente, se deduce según Sörgel, la posibilidad de obtener 150 millones de caballos de fuerza en forma de corriente, y rescatar unos dos millones y medio de hectáreas de tierra en condiciones climáticas excelentes.

»Todo ello se lograría construyendo un dique que cerrase el estrecho de Gibraltar, con lo que cesaría la afluencia anual de 2.762 kilómetros cúbicos de agua del Atlántico, hasta el punto que el nivel del Mediterráneo descendería un metro por año, y nuevas tierras asomarían a lo largo de sus costas.

»Con ello, se producirían por doquier, desniveles, y el Po, y el Tíber, el Ródano, el Maritza y el Wardar podrían producir corriente. La navegación del Mediterráneo quedaría asegurada mediante esclusas, y se iría creando, surgiría del Mediterráneo, un mundo nuevo en el verdadero sentido de la palabra: espacio y trabajo para millones de hombres, nuevas vías de comunicación y nuevas fuentes de energía, obras para realizar sin destruir nada de lo existente.

»La disminución anual de un metro en el nivel del agua, facilitaría el ensanche planificado de las ciudades de la costa y de los puertos; se ganarían nuevas tierras, con la simultánea irrigación de grandes porciones del Sahara.

»Atlantropa será espacio para todos, trabajo para todos, y lo que vale más que ningún bien, reanima la esperanza. Nos puede demostrar a los europeos, que el Occidente no ha agotado sus posibilidades ni tiene que vivir de la limosna de los demás.

»Atlantropa no es un invento para fabricar bombas destructoras. Es Europa salvándose a sí misma, es la lucha contra las fuerzas de la

Naturaleza, la victoria sobre el mar. «El espíritu del Zuiderzee», es una victoria gloriosa, bien distinta a triunfar sobre nuestros prójimos, bien distinta a una de esas victorias que siempre engendran las nuevas guerras, nuevos sufrimientos y cada día mayores miserias morales y materiales.»

—Quieto, usted, quieto si no quiere quedarse tieso.

La voz que así le hablaba era sorda, rencorosa, y procedía de Olaf Printz, que empujando la puerta, acababa de entrar, hundida la diestra en el bolsillo de la elegante americana azul marino.

Alan Lorimer pestañeó disgustado. Sentía antipatía contra aquel guapo escandinavo, esbelto y fuerte.

—No le van estos modales de gangster de película. Saque la mano, y acérquese. Si quiere pelear, no se aguante —replicó Lorimer, abandonando la cama.

Vestido sólo con ropa interior mostraba una anatomía nudosa, membruda. En el cuarto caldeado por la calefacción, fue a hundir la cara en el lavabo, abriendo los dos chorros.

Olaf Printz habló, conteniéndose:

—Apártese usted del yate. He venido a avisarle. Apártese del yate.

Bajo el agua, emitió Lorimer ruidos grotescos, que sonaban como a los producidos en burla por un soplo fuerte con la lengua entre los labios.

Daba la espalda al visitante, pero le miraba por el espejo, aunque se frotaba vigorosamente con las manos la cara y cuello.

Olaf Printz dió dos pasos con los puños crispados: giró sobre los tacones cuando se disponía a acometer, porque alguien entraba.

Era Monty Morgan, y entre resoplidos bajo el chorro, dijo Lorimer:

—Aquí el rubiales, que se ha levantado agresivo. Quiere dejarme tieso, y cuando termine de refrescarme, lo voy a tirar por la ventana. Este me ha cogido tirria, él sabrá porqué, y a mí me pasa igual. Tampoco sé porqué, pero cuando le pompa su perfil griego, me quedará muy a gusto.

Olaf Printz miró de reojo a Monty Morgan, y masculló:

—Sobran tiburones rondando la estela tras el yate. No se enrolen, no lo hagan...

Secándose con una toalla, Alan Lorimer dijo:

—Usted no es el amo, aunque sea el hermano del que paga. Necesitan dos marinos a bordo, y allá vamos. Ahueque, Olaf.

El escandinavo titubeó unos instantes antes de abandonar la habitación. Monty Morgan comentó:

—No me gusta. Habrá que vigilar por las noches oscuras. Es de los que empujan a traición, te lo digo yo. Y de los que después de echarte al agua, se desgañita pidiendo socorro, cuando ya no te pueden salvar. ¿Por qué vino a decirnos que no fuéramos a bordo?

—Caben varias hipótesis. Elige. Primero: que esté enamorado de Ingrid, y le estorbemos. Segundo: que sea él mismo quien pagase a los de ayer y le sepa mal que nosotros estropeáramos su plan. Tercero: que nos crea más inteligentes que los demás suecos de a bordo, y tenga preparado algo durante el viaje. Elige. Te quedes con lo que te quedes, siempre estará el hecho de que no hay que fiar de Olaf Printz, hermano de un multimillonario prometido con una mujer arrebatadora. Y ahora, agotado por este esfuerzo deductivo, te invito al trago mañanero, tras el que anunciaremos a Ingrid que somos ya dos más de sus guardianes.

A las diez y media la canoa, partiendo del yate, vino al embarcadero. Remaba Carl Engel. Lanzó a los dos hombres el cabo para amarrar.

—Buenos días. Voy a la Comandancia para pedir dos tripulantes.

—Nosotros.

—Bueno. Vamos a por la documentación. Y gracias por lo de anoche. Mi hermana corría peligro... Me ha dicho que no hagan mucho caso de Olaf Printz. Está un poco loco, pero no es malo.

Había algo de ingenuo, de viril y sencillo en Carl Engel. Tenía amoratado el lado izquierdo del semblante, y al respirar torcía la boca en mueca dolorida.

Verificados los trámites, regresaron a la lancha Lorimer y Morgan con sus sacos al hombro. Cogió los remos Morgan.

—Iréis a la sala de máquinas —anunció Carl Engel—. Durante el día no saldréis arriba. Por la noche, en el segundo turno, podréis pasear por cubierta, sin pisar los puentes de cámara.

El yate parecía deshabitado cuando los dos, cruzando la cubierta, fueron desapareciendo al interior en el compartimento de los dos motores. Debían someterse a las órdenes recibidas. Los otros engrasadores, eran lacónicos.

A media tarde, el tubo, repitió las órdenes dadas por Carl Engel, y el yate abandonó el muelle K. Empezaba la travesía que había de culminar tras muchos accidentes en un naufragio en isla desierta.

A la tercera noche de navegación, impulsado el yate por las lonas, soplando un fuerte viento norte, paseaban Morgan y Lorimer por cubierta, para sacarse de los pulmones el fétido olor a aceite pesado, grasas y combustión.

—Una bicoca —comentó Lorimer—. Vamos en un casco de lujo, y tenemos pringue hasta por los ojos. Cuando me rasco una ceja me sale medio quintal de mugre.

—Veinte al día, Alan, y además pronto tocaremos puerto.

—¿Sí? ¿Qué puerto?

—Ya viste la rosa. El rumbo es Bermudas.

—Estación veraniega de millonarios.

—La patrona —bisbiseó Morgan.

Unas sandalias, pantalones azules y largo chaquetón, masculinizaban sin restarle encanto a Ingrid Engel, que acercándose, saludó:

—Buenas noches, Lorimer. Buenas noches, Morgan. Labor pesada la de los de máquinas. Mi padre fué un viejo lobo de mar, y por eso aprecio a los marineros. Decía que no era marino aquel que no había pasado por lo menos cinco años entre las máquinas.

Alan Lorimer miró hacia el cielo estrellado.

—Será porque así se ama más el aire puro, cuando se tiene la suerte de olerlo, señorita.

—Vamos a las Bermudas. El señor Lars ha aceptado que cuando baje yo a tierra en Hamilton, me acompañen ustedes con Carl y Strij, que está ya, repuesto. Carl elogió mucho su rapidez combativa, Lorimer. Buenas noches.

Siguió ella paseando. A través de una cristalera, veíase a Lars y Olaf Printz en la cámara, dando frente a Hans Strovel y su nieta. Una muchacha de trenzas, delicada y casi una adolescente.

El yate, construido en astilleros escandinavos, navegaba excelentemente. Y al sexto día de navegación fué visible el grupo de Las Bermudas.

IV

Las Bermudas, un grupo de islas de coral, a menos de 700 millas al este de Nueva York, formaban un conjunto de 360 islas en islotes, en su mayor parte inhabitadas.

Abundan los canales peligrosos con arrecifes y escollos. El verdor de la vegetación y la limpidez del agua, dan a muchas de las islas un aspecto de atolones del Pacífico.

Y también, pensaba Alan Lorimer, en las Bermudas, desde 1940, los Estados Unidos habían conseguido bases navales en aquella pertenencia británica.

Resultaba curioso que Ingrid Engel después de haber estado cerca de un mes, invisible por las cercanías de Annapolis, la Academia Naval norteamericana se dispusiese ahora a visitar Hamilton, la capital, en la que había arsenales y bases.

Había hecho su composición de lugar, Strovel y Printz eran dos ingenuos, que servían de pantalla a los oscuros y misteriosos manejos de la sueca.

Y en cuanto a los «tiburones» serían componentes de una banda de espionaje, dispuesta a conseguir por todos los medios apoderarse de Ingrid Engel, para averiguar lo que ésta supiera.

El tubo acústico ordenó poca máquina... Habían arriado las velas. Sin duda alguna el yate penetraba por algún paso en el que era preciso navegar lentamente, sondeando constantemente.

Cuando el yate se inmovilizó, Lorimer y Morgan se bañaron mutuamente, desnudos y sumergidos hasta la cintura en un barril. Se frotaban vigorosamente con un cepillo de baldeo, de ásperas cerdas.

Consumieron dos pastillas de jabón Lifebuoy, y por fin, aclaradas las pieles, revistieron con agrado, sus ropas veraniegas. Pantalón de dril blanco, sandalias, camisa y gorro de tela blanca.

Unas prendas facilitadas por Carl Engel, y que ellos habíanse acomodado a sus medidas, cortando, cosiendo y probando. Una recia amistad unía a los dos hombres.

Salieron a cubierta a la llamada de Carl Engel, siguiéndole. Penetraron en la canoa, santándose en el banquillo de remo y contemplaron extasiados el radiante sol que bañaba en dorados fulgores la rada de Hamilton.

Frío, lluvia y borrascas en el continente, y ahora una fresca brisa salobre, y un tibio sol en cielo sin nubes.

—No hay como ser de yate —comentó Lorimer.

Monty Morgan emitió un suspiro apagado. Por la escalerilla bajaba seguida de un marinero, Ingrid Engel, bella imagen de luminosa Eva.

El marinero se colocó a proa, sentóse Ingrid a popa, y Carl Engel señaló un punto en la rada. Remaron al unísono Morgan y Lorimer.

Todo era radiante belleza, femenina y tranquilidad, y sin embargo la canoa se acercaba a un accidentado camino.

Al atracar en el largo malecón de maderos, Carl Engel señaló al marinero la canoa.

—Guarda. Volveremos a media tarde.

Saltó a la plataforma que conducía a la playa, y tendió la mano ayudando a su hermana. Dijo:

—Ustedes atrás. Si alguien pretende acercarse a Ingrid, impídanlo.

Alan Lorimer no había avanzado un solo milímetro en la senda de sus investigaciones. Pero estaba escoltando a la mujer que traía en jaque a todos los servicios de contraespionaje mundiales.

Hamilton, construida en geométricas terrazas escalonadas sobre la ladera de una pequeña colina, contenía sus principales edificios en la Gran Plaza de regusto español, cercana a la rada del puerto.

Una catedral gótica estaba al principio de la Avenida de los Cedros que conducía a Mount Laughton, la residencia del gobernador.

Algo chocaba a Alan Lorimer. La ausencia de vehículos motorizados. Y cuando vió a Carl Engel aproximarse a un ancho caserón, con abrevaderos, arreos equinos, preguntó:

—¿Huelga de *taxis*, Monty?

Ante ellos a una distancia de cinco pasos, se había detenido Ingrid que volviendo ligeramente la cabeza, explicó:

—Las carreteras son buenas, pero está prohibido el uso de coches, por eso mi hermano está tratando el alquiler de dos coches de caballos.

—Romántico —gruñó Lorimer.

Carl Engel y su hermana se instalaron en un cabriolé de dos plazas tirado por un caballo, y cubierto por exótico parasol de colores vivaces.

En idéntico carruaje se instalaron Morgan y Lorimer, cogiendo las riendas Morgan. Y los dos cabriolés arrancaron alegremente, al trote, por la amplia Avenida da los Cedros.

—Parece como si de pronto nos va a salir al paso un jinete enmascarado en alto el sable de abordaje, Monty.

—Guaridas de piratas eran, Alan. ¡Qué lástima!

—¿El qué?

—Eso que estemos en 1950.

—Son peores los piratas de hoy. Y no sé por qué me huelo que pronto entraremos en jarana. Mira si no.

Y señaló entre sus piernas Lorimer, lo que contenía la cartera que

le había entregado Carl Engel, antes de subir al cabriolé.

Dos automáticas, con cargador ametralladora...

Entre dientes silbó Morgan, y tuvo que contener las riendas del potro que interpretándolo mal quería lanzarse a un galope desenfrenado.

—Aquí se ve que no importa, el ruido. ¡Diablos!

El cabriolé conduciendo a los dos hermanos acababa de penetrar por una alameda lateral, cuyo inicio tenía dos garitas, en las que dos soldados con polainas blancas, uniforme azul y gorra y visera, saludaron marcial y cortésmente.

—Es la residencia del Gobernador, Monty, si sabes leer.

—¡Aja!

—Espero que por veinte dólares al día no pretenderán que tomemos, por asalto la residencia.

El cabriolé que les precedía describió una amplia semicircunferencia, rechinando la grava, y entre surtidores, parterres y arbustos floridos, vino a detenerse ante la gran, escalinata de blanco mármol veteado de rosa.

Un edificio colonial, de porches y columnas, ostentaba el escudo británico, y en el ala izquierda la bandera de las estrellas de la Unión norteamericana.

Carl Engel descendió.

—Guarde los coches, Morgan. Usted, Lorimer, venga con nosotros. Vamos a visitar al agregado naval de los Estados Unidos.

Perplejo, Alan Lorimer les siguió hasta el vestíbulo del ala izquierda, y poco después eran introducidos en un despacho, donde un hombre de unos cuarenta años, de uniforme, se puso en pie, saludando a Ingrid Engel que avanzando hacia él dijo algo imprevisto:

—Soy Ingrid Engel, señor. Deseo saber la razón por la que el servicio de Contraespionaje americano me ha colocado uno de sus mejores agentes.

Y señaló a Alan Lorimer, que parpadeó ante la rectitud del ataque. El agregado naval miró a Lorimer. Replicó:

—No tengo noticias de nada de cuanto me habla, señora... No obstante, dado lo extraño de su declaración, ordenaré al departamento especial que se informe por radio.

—Nunca los servicios de contraespionaje de ninguna nación, tienen que dar explicaciones de cuanto hacen en el propio bien de su Estado —dijo Lorimer—. Puede ahorrar labor a su servicio de radio, comandante. La reclamación de la señorita Engel no tiene respuesta legal. En efecto, soy agente del C. I. A. ¿Y qué pasa con ello?

La última pregunta iba dirigida a Ingrid Engel, y el agregado naval aguardó, perplejo. Ella contestó:

—Al menos no tergiversa usted, ni pretende mentir.

—Yo soy así. Mi profesión es de una índole que exige disimulo, pero cuando me descubren, acepto la derrota, sobre todo, dado el alcance de mi jurisdicción. Mi Gobierno deseaba tenerla vigilada porque (y si la calumnio, proceda en querrela judicial) usted ha adquirido fama como tenebrosa espía en Inglaterra, Francia, Holanda, los países escandinavos. No la acuso de ser de la Gestapo, por cuanto también este servicio tiene sus quejas. Usted llegó a Baltimore, y era natural que fuese considerada huésped «non grata». Al parecer, en Annapolis no se ha encontrado a faltar nada, ni se ha suicidado ningún poseedor de secretos o planos. Si estaba usted de vacaciones, podía haberlo comunicado al C. I. A., y me habría yo ahorrado el espiarla. Ahora está todavía en territorio donde el C. I. A. tiene derecho a fiscalizar sus pasos. Cuando el yate zarpe y no toque más en puerto americano, o donde tengamos bases, nadie que al C. I. A. pertenezca la importunará. ¿Queda todo claro, señorita, Engel?

—Perfectamente claro, y le agradezco su método. En realidad, usted, aquella noche en Baltimore, me evitó un disgusto. Señor comandante, lo que deseo es poner en claro que no me ha traído a los Estados Unidos, ni a Bermudas nada que no pueda explicarse. Me he reunido en Baltimore con mi prometido el señor Lars Printz, en cuyo yate me traslado a la costa africana. Mi próxima escala es las Azores, posesión portuguesa. Después Tenerife, isla española, Dakar, puerto francés, y por arribada final Luanda, en Angola portuguesa.

El comandante hizo un ademán evasivo:

—A mí sólo me incumbe dar información de cuanto acabo de oír, y poner mi firma, y el sello en la hoja de ruta del yate, haciendo constar que pide rumbo hacia las Azores, y caso de desviarse e ir a otro puerto, sería incautado hasta aclarar. Nada más. Ahora bien, si nuestro agente presenta contra usted una denuncia fundamentada, lo lamentaría pero tendría que rogarle permaneciese en Hamilton, hasta que mis superiores decidiesen. Los tiempos son turbios, y debemos prestar gran atención a todos los viajeros.

Alan Lorimer denegó a la vez que replicaba:

—Nada hay en concreto, comandante. Por mi servicio, estoy capacitado para determinar que, por ahora, el yate puede seguir viaje.

—Entonces, tan pronto por radio obtenga confirmación, pondré el visado en la hoja de ruta. ¿Algo más, señorita Engel?

—Haga constar que no he trabajado ni trabajaré contra los Estados Unidos. No es que les tenga una loca simpatía a los yanquis, porque suelen ser groseros y poco cultos, pero se lo perdono habida cuenta que Norteamérica es una nación joven, recta y sencilla, casi honesta. Desea tener tiendas en Europa donde poder vender sus géneros, y nada más.

—Gracias —sonrió divertido el agregado—. Su buena opinión,

señorita, aquietará mucho el sueño del presidente Truman. Y usted, agente, ¿desea algo de mí?

—Hacerle saber que me llamo Alan Lorimer, y que posiblemente me tendrá que facilitar pasaje para los Estados. Tengo ahora que recoger mis pertenencias a bordo.

Levantóse el agregado, saludando a Ingrid Engel. Carl, hasta entonces, se había limitado a permanecer impasible, escuchando. Salieron los tres y en el vestíbulo, murmuró Carl Engel:

—Agradeciendo su intervención, Lorimer, me abstengo de propinarle una paliza por haberse colado en el yate a espiar. Lo uno por lo otro.

—Si le ha de dar gusto, Engel, no se mortifique. Una buena paliza siempre me ha gustado...

—No sean niños —atajó ella—. Ahora ha quedado todo en claro, Lorimer. Usted pierde el tiempo a bordo, y has de pensar, Carl, que si él hubiese querido molestarnos, le bastaba aludir a que no fué una camorra de borrachos la que ahogó a dos hombres en el muelle K.

—También hubiese podido aludir al hecho de que dos de la matraca, habían quedado vivos, y sin embargo, fueron a parar al agua por el camino, con los muertos. Todo se sabe, aun sin querer.

—Fueron interrogados un poco brutalmente por Olaf Printz, y como estaban malheridos, murieron —dijo Carl Engel—. Y no tengo el menor remordimiento, por cuanto pretendían matarnos.

—Ya sé. Eran otros tantos tiburones y cuantos más mueran, mejor viven los peces. Dicho de otro modo, la sociedad se beneficia con la desaparición de asesinos. Un momento. No salgan aún. Me interesa hacerles saber que Monty Morgan ignora por completo que soy agente del C. I. A. Me cree honradamente un marinero como él. Era su ilusión embarcar en el yate, porque está cándidamente enamorado de usted, Ingrid.

—Lo adiviné. Usted busque el pretexto para irse, y él puede seguir si le gusta.

—Y por último, una pregunta ingenua.

—Usted y la ingenuidad están reñidos.

—¿Cómo supo que era del C. I. A.? ¿Lo llevo escrito en la cara? Y lo supo sin error, ya que le dijo al agregado que yo era el mejor agente...

—Uno de los mejores, pero, le duela o no, habrá de admitir que en terreno que usted calificó de tenebroso, son poco diestros. Sin rencor, Lorimer, adiós.

—Adiós.

Los dos hermanos subieron en el cabriolé, y tras ellos, de vuelta al puerto, sentóse Lorimer junto a Morgan.

—Tuve unas palabras con ellos, Monty. Me han echado. Ahora

recogeré mi equipaje, y vuelvo a los Estados.

—Empezamos juntos y...

—No te creas obligado a serme leal, Monty. En el fondo, yo no lo fui contigo. No te enojés, pero no podía revelártelo. Soy del contraespionaje. Me olieron.

—¡Galerna!

—Pero Ingrid sabe ya que tú lo ignorabas, y no quiero que pierdas la ocasión de los veinte diarios. Ya nos volveremos a ver.

A bordo, cargado ya con el saco al hombro, Alan Lorimer, tropezó con Carl Engel al salir de la sala de máquinas. Llevaba en la diestra un fajo de dólares.

—Es su paga. Acéptela. Cumplió en las máquinas.

—El trabajo honesto debe ser remunerado.

—Ingrid está en la cámara. Los demás pasajeros han ido a tierra. Si quiere despedirse de ella...

—Gustoso.

Alan Lorimer se dirigió al conjunto de compartimentos destinados a pasaje. Cuando atravesando un salón diminuto se disponía a entrar en la sala-comedor, le pareció que el techo le caía sobre la cabeza, y densas tinieblas invadieron su cerebro.

En técnico y certero golpe, aplicado con un corto madero en la base del cráneo, acababa de privarle del sentido.

Y a partir de entonces todo fué confusión pura las sensaciones de Lorimer, que tuvo que guiarse más por su instinto que por su razón. Cuando el largó y permanente zumbido de oídos y sienes, cesó, percibió el traqueteo peculiar e inconfundible de las máquinas, junto con un olor a hongos y herrumbres que le delataba su cárcel: un sollado.

Tobillos y muñecas le dolían porqué en la carne se le hincaban prietamente unas cordezuelas. Tenía la boca obturada y mordió rabioso, comprobando que su mordaza era un pedazo de corcho sostenido por una tira de tela.

Una densa obscuridad le envolvía, pero notó que cerca había un ser humano, inmóvil, silencioso. Trató de adivinar, pero no veía nada. Dió vuelta sobre sí mismo, chocando contra un mamparo. Había otro hombre, igual que él, prisionero.

Lo que más le dolía era la cabeza, y al tratar de moverse de nuevo, chocó con ella en un reborde del estrecho sollado. El golpetazo volvió a privarle del sentido.

Después, lo que siguió fué como una pesadilla. Subía y bajaba, y miles de diminutos puntos luminosos brillaban sobre su cabeza. Estaba tendido boca arriba, y oía el chapotear del agua contra los flancos de una pequeña embarcación.

Y contra su hombro, otro cuerpo humano inerte, como él. Luego,

en la semiinconsciencia, percibió un choque, que inmovilizaba la lancha, y por fin sus espaldas quedaron apoyadas sobre algo blando, húmedo.

No se oía más que un leve susurro. Agua lamiendo arena. Noche por doquier, y arriba estrellas. Pero sin luna, la visibilidad era nula.

Le parecía que sus manos y sus pies debían estar monstruosamente hinchados, porque las cordezuelas congestionaban la sangre. El hormigueo por la paralización sanguínea, era un tormento agudo.

Dió vueltas sobre sí, mismo, hacia el largo bulto tendido un poco más allá. Creyó haber tardado minutos, y sólo fué media hora después cuando su cabeza quedaba junto a la del otro.

Fué estirándose hasta lograr que sus manos atadas a la espalda, quedaran a la altura del otro rostro. Tenía los dedos insensibles, agarrotados, carentes de tacto, llenas las yemas de picaduras, pero logró, después de muchos intentos, lo que se proponía.

El corcho y la tira de tela ya no rodeaban la boca y nuca del otro bulto humano. Esperó, pero sólo oía una fatigosa respiración.

Y por fin, lo que sospechaba:

—¡Ay, galerna! Seguro que eres Alan. Arrima la boca a mis manos. Favor por favor.

Forcejeos largos, y por fin, aspiró ávidamente Lorimer. Se contrajo y logró sentarse. No cabía duda que iba amaneciendo. Todos los contornos se dibujaban más sólidos.

Un islote sin navegación, rocoso, con arrecifes a flor de agua, en todo el litoral que podía distinguir. Estaba sentado en una playa llena de surcos en la arena. Surcos de lagartos y tortugas.

—No sé quién fué, pero al pasar por entre dos motores, me dieron en la cabeza —gruñía Monty Morgan.

—Lo siento. Tanto como tú, porque también me duele la cabeza en el mismo sitio. Porra de madera. Me dijo Carl, a quien el infierno devore, que la dulce Ingrid quería despedirse... Después dirán que soy un amagado si afirmo que no hay lealtad en este cochino mundo.

Estaban ya los dos espalda contra espalda. El cielo aclaraba, y, en silencio, mezclaron sus dedos en torpes intentos de buscar los nudos de las cordezuelas.

El sol se levantó, y ardía esplendoroso, cuando Monty Morgan aulló:

—¡Ya! Ajá.

Sacudía los brazos, abriendo y cerrando las manos libres, tratando de devolver a sus dedos el tacto y la circulación. Por fin, liberó las manos de Lorimer, y ambos, sumisamente, atendieron, sus tobillos.

Se arrodillaron, y arrastrándose sobre manos y rodillas, llegaron al borde de la arena, sumergiéndolo los rostros en el agua.

Apretaban la boca, para evitar tragar el líquido helado. Una sed

intensa, les convertía en pastosa la lengua. Buscó Alan Lorimer un sitio para trepar, y al llegar al alto de un roquizo, miró en rededor. Mar, y muy lejos, una sombra oscura a flor de agua.

A su lado, Monty Morgan gruñó:

—Nos han abandonada en un islote sin agua, y apuesto mil a uno, que está fuera de ruta. No pasan por aquí los cascos civilizados. ¡Ay, galerna, si salimos de ésta!

—Eso digo —murmuró sombrío Lorimer.

Halló una oquedad entre dos rocas, a resguardo del sol, y desde donde se dominaba el horizonte. Crispados los puños, se esforzaba en pensar que era imposible, que no podía ser que estuvieran abandonados en un islote sin agua ni nada que llevarse a la boca. Un islote «fuera de ruta».

Monty Morgan acababa de sentarse a su lado:

—No hay una sola astilla, con la que empezar un conato de embrión de balsa para largarse, Alan. Ni siquiera un fuego para, por la noche, llamar la atención. ¡Estamos aviados!

—Nunca he naufragado. Tú tendrás más ideas en un caso como éste.

—Echarse al agua es absurdo. Aquello que vemos es un islote, como éste. Parece cercano, y te apuesto mil a uno, que tardaríamos dos días en llegar. Por otra parte, si esperamos aquí, nos morimos de sed lentamente, pero si llueve, salimos ganando. Tardaremos unos días más en morir.

—Algún barco pasará...

—Está «fuera de ruta», te lo digo yo. Es uno de los tantos islotes de las Bermudas a Poniente.

—Hubiera sido más limpio que los del «Tritón», me matasen. Pero eso, lo que han hecho con nosotros, no tiene humano perdón. El más salvaje pirata abandonaba desgraciados, pero dándoles un barril y armas. Lo que me revienta es que estés aquí por mi culpa. Sí, hombre, no cabe duda... Tenían los Engel algo que esconder, y desconfiaban de ti, creyéndote otro agente.

—Si te ha de consolar, Lorimer... y ahora que vamos a pasarlas muy negras, podemos hablar sin tapujos. El C. I. A. te cree demasiado impulsivo y temerario. Te confiaron la misión de ojear a Ingrid... y a mí también.!

—¡Entonces, te está bien empleado! ¡Anda, listo! ¿O sea que los dos nos engañábamos, eh? ¿Tú eras un honesto marino, un lobo de mar?

—Lo soy, y siempre he navegado, pero hace tres años que pertenezco al C. I. A. Y no tengo ganas de reír, porque si lo hiciera se me rajaban los labios. Los tengo agrietados como un higo seco. Y tú también.

Alan Lorimer se encogió de hombros, y cogió por el cuello a Morgan, mirándole la cabeza y la nuca.

—No hay sangre. Un golpe de porra.

—Como tú. Escucha, yo voy a la otra vertiente. Ahora de día, rabiosos como estamos, sería fácil pelear. Guardemos las energías. La noche será fresca, puede llover, puede pasar un barco...

—Lo que me consuela, es que cuando el C. I. A. no tenga noticias nuestras, les meterá mano al par de Engel.

—Ni eso. ¿De qué pueden acusarles? No hallarán ni rastro nuestro... Bueno, bueno, me voy al otro lado. El primero que vea algo, avisa silbando. Allá hay nubes al noreste. Puede llover...

A solas, Alan Lorimer pensó en muchas cosas. Atardecía, y se le antojaba que toda su vida había estado rodeado de una inmensa extensión de agua azul. Trataba de pensar en mil cosas absurdas, porque cuando en su imaginación veía jarras de cerveza helada, sentía que se iba a volver loco.

Al obscurecer, se tumbó boca abajo, lamiendo la piedra lisa, buscando un frescor que calmase sus abrasados labios. La piedra era tibia, áspera.

En su estómago el hambre roía. Lo último sólido que había probado se remontaba al desayuno del día anterior...

Cerró los ojos, agotado. Sabía ya que no podía moverse, y empezaron las pesadillas. Fué primero el recuerdo de un banquete, y él miraba con reproche al camarero que insistía en llenarle la copa.

Después, estaba en cubierta de un bergantín, y un gigante con pañuelo rojo a la cabeza, cantaba vertiéndose por encima el contenido de un barril lleno de vino espumoso, qué iba inundando la cubierta, y los demás piratas se revolcaban en el vino que llegaba a media pierna.

Un buen bergantín de amplias velas blancas. No, no era un bergantín. Era una goleta de dos palos, que estaba arriando velas. Y el ancla caía ruidosa en el agua, levantando espuma.

Quiso gritar contra aquel fantasma, contra aquella goleta que estaba anclando a un centenar de metros de su cabeza. Y exasperado, sin fuerzas, rodó sobre sí mismo, y cayó hacía abajo. El frescor del agua salada le sumergió...

V

La primera sensación de Alan al volver a la vida, fué de que en su estómago había fuego y en su garganta un deslizarse frío, agradable.

Los párpados le pesaban, pero consiguió levantarlos. Tenía delante a un hombre de tosca apariencia, y él estaba tendido en una hamaca, sobre la cubierta de una nave en movimiento.

La luz de las linternas era poca, o había escasas linternas encendidas, como si la nave evitara señalar su rumbo en la noche.

El hombre que estaba delante de su busto, aplicaba a su boca una cuchara, y reconoció Lorimer que era coñac lo que se vertía en su estómago. Un coñac refrescado con trocitos de hielo.

Durmió pesadamente después de haber intentado, en vano, hablar. El balanceo de la hamaca era agradable. Y se sintió despejado, lúcido, cuando al abrir los ojos, la brisa del amanecer barría la cubierta.

No se divisaba tierra a ninguno de los horizontes. Se incorporó, pero para bajar de la hamaca tuvo que asirse al cordaje, y entonces miró los dos palos con las lonas hinchidas, el timonel, el serviola, y la toldilla, donde un hombre, en camisola, pantalón azul, pies desnudos y gorra de visera, echada hacia atrás, paseaba a lo ancho.

Sólo había cuatro tripulantes visibles. El cuarto, iba comprobando las jarcias. El tiempo era bueno, favorable, sin marejada, y la proa de la goleta cortaba rauda el agua.

Desde la hamaca a la escalera que daba acceso a la toldilla, tardó más de lo normal, porque debía asirse a la borda. Subió los cinco escalones agarrándose a los dos pasamanos, y por fin, en la toldilla, miró al que por la gorra y el sitio en que se hallaba, demostraba ser el capitán de aquella misteriosa goleta.

—Pat Logan, capitán Logan —se presentó el paseante, deteniéndose.

Tendría unos cuarenta años, era pecoso, y le ojillos vivaces, astutos. Dos cicatrices cortaban respectivamente su mentón y el pómulos izquierdo.

—Alan Lorimer, de Washington, capital. Debo darle las gracias, capitán Logan. Si no se presenta su goleta, me muero de sed... ¡Maldición! Estaba conmigo...

—No se apure. Al otro también lo cargamos. Tuvieron suerte de que un «stop» aduanero nos confundió con contrabandistas, y para no perder tiempo en explicaciones, metí la goleta por el Islote Seco. Usted se zambulló, y le pescamos. El otro, se arrastraba por las rocas, y le

atendimos también. Yo tengo un viaje que rendir, y por esto, tocarán puerto donde toque.

—Gracias, capitán. ¿No se ha sentido usted nunca resucitar?

—Sí, y da gusto vivir —rió Logan—. El otro sigue amodorrado, en otra hamaca, allí. Los dos estaban igual de estropeados. Nada en los bolsillos.

—El otro se llama Monty Morgan. Quisiera explicarle por qué nos encontró así.

—No hace falta, Lorimer. Soy de mar, porque es donde más libre se vive. Si son náufragos, ya se entenderán con su cónsul. Confieso que no tengo vocación de salvavidas. Iba a cumplir con la ley del mar, dejándoles una balsa, alimentos y un barril. Pero era como dar una postal con una nena bonita a un ciego. Hubiese perdido la balsa, las provisiones y ustedes el pellejo.

Pal Logan sacó la lengua mientras miraba lonas, timonel y cielo. Después, colocó la lengua a un lado de la boca, examinando al sur.

Alan Lorimer tuvo de pronto la certeza de que la goleta se dedicaba a contrabando. Era todavía más de agradecer el gesto del irlandés.

—Yo le pediría un favor, capitán.

—Veamos a ver, y veremos.

—Cuando le falte una noche para tocar puerto, denos a Morgan y a mí, una balsa y un barril de agua. Ya sabremos llegar.

Los Ojillos de Logan sonrieron.

—No es demasiado pedir. ¿Y por qué?

—Al explicarle a nuestro cónsul lo sucedido, no tenemos por qué mentar esta goleta.

—Usted es listo, ¿no?

—Anoche había una sola linterna y estaba rodeada con chapa. No había luces en los palos ni de posición a proa y popa. Por lo tanto, significa que usted, capitán, viaja de incógnito. Y si me lo callo, sería desleal. El contrabando es un negocio suculento.

—En las calas llevo cemento.

—De acuerdo, capitán. No es meterme en lo que no me importa. Es que quisiera que usted tuviera plena confianza en Morgan y en mí. Ni somos chivatos ni perros desagradecidos. Usted nos sacó del peor fin.

—Ahí viene su amigo.

Monty Morgan, tambaleándose, subía. Una ancha sonrisa distendió su rostro, al apoyar las dos manos en los hombros de Lorimer.

—Ajá —dijo roncamente—. Mala hierba nunca muere. ¡Ay, galerna, qué goleta más fina! Así las sueño. Con el viento portándose bien, no hay quien les dé alcance. Poco usará de motor por este singladura, capitán.

—El capitán Logan nos salvó, pese a tener prisa, Monty.

Pat Logan gritó:

—¡Mike! Relévame.

Señaló la pequeña cámara de popa.

—Son ustedes mis forzosos pasajeros. Podemos desayunar juntos.

La reducida cámara, era una prodigiosa demostración del arte de hacer útil un espacio pequeño. La mesa era plegable así como los taburetes. Una litera al fondo, un lavabo, una mesita, y varios anaqueles, de uno de los cuales extrajo Logan varios botes de conserva, y dos botellas que salieron rezumando agua.

—Cerveza, carne y arenque ahumado. Sírvanse.

Masticaron y bebieron los tres en silencio. Por fin, Logan sacó una botella de su fresquera personal. Era coñac, y a la vez, con la otra mano, tanteaba una cafetera empotrada en un calentador de batería.

En tres tazas de grueso cristal el negro café humeó aromático, y en tres vasos estrechos, el coñac añejo despidió un olor sabroso.

—Si no me cuido, nadie lo hará —especificó Logan—. Y me ahorro un cocinero. Es curioso, pero los cocineros siempre son charlatanes, y aquí somos ocho bien avenidos. Dentro de unos días tendré que molestarlos.

—Un capitán que habla como usted lo hace, nunca molesta.

—El caso es que soy caprichoso. Usted no entiende, mucho de mar, Lorimer, pero Morgan es lobo viejo. Por el olfato adivina una singladura. Dejarles ahora en una balsa no les conviene. No hay tierra cercana. Y llegará una hora, en que me conviene a mí, por aquello de que lo que no se sabe nunca perjudica, no vean, ni oigan, ni huelan. Serán unas cuantas horas encerrados, pero no se morirán.

—Usted manda, y nosotros aceptamos a gusto.

—Lo celebro. Llevo cemento, Morgan.

—Cemento, capitán —dijo muy seriamente el aludido—. Pero si me callo, no es, corresponder a sus atenciones, capitán. Su goleta lleva cemento que descargará en un puerto con todas las formalidades legales. Pero a cierta hora, usted desviará su ruta, y entonces descargará fardos a una lancha que espera. Y no quiere que sepamos el sitio, no porque nos suponga charlatanes, sino porque no quiere comprometerlos.

—¿Más coñac? —brindó Logan. Escanció a la vez.

Monty Morgan bebió, chasqueó la lengua, y dijo:

—Hace, ocho años, entre Singapur y Manila, me pasé la mejor época de mi vida. El capitán era un malayo más listo que el diablo. Por allá, el opio es como para nosotros el coñac. El malayo llevaba maderas y yute, pero los ingleses estaban empeñados en que llevaba contrabando. Cada singladura registraban, y después se iban refunfuñando. Yo estaba seguro de que llevaba contrabando, pero cambié de cascó, y nunca hubiera sabido dónde lo escondía, a no ser

por una mujer.

—Mala cosa —comentó, interesado, Logan.

—Ella era una siamesa preciosa, y el malayo se enamoró. Todo eso me lo contaron en Java. Se ve que el malayo, para hacerse el listo, le contó el truco a la siamesa, y en una visita los ingleses dieron por fin con el escondite. Adivina, adivinanza, ¿dónde estaban los fardos de opio?

—En los huecos de los palos —dijo Lorimer.

—No.

—Arrastrando en el agua, envueltos en tela impermeable, asegurados con el cuenta-nudos.

—Se quema, capitán, casi, casi. Bueno, el malayo, tenía los fardos de opio envueltos en tela impermeable, clavada en la quilla, bajo la línea de flotación.

—No está mal —aprobó Logan, complacido.

—¿Y la siamesa?

—Eso es lo que quise saber también. Al irse los ingleses, el malayo hizo atar por las manos y las piernas a su amorosa delatora, y La siamesa fué a ocupar el sitio de los fardos. Dicen que el malayo sigue navegando por otras rutas, y que cuando hace carenar su casco, se asegura que el esqueleto de la siamesa sigue adherido a la quilla baja. Lo cual no le impide tener cuatro esposas.

—Es que la mujer es nuestra otra mitad —alternó Logan—. Lo que pasa es que se debe hablar poco con ella. Gracias, Monty. Me ha gustado la historieta. Si quieren ayudar, toda la cubierta es suya. Las calas, son pequeñas, ¿saben? Cuando quieran dormir, las hamacas, y si tienen frío, la toldilla. De acuerdo, ¿verdad?

—Por completo, capitán.

Durante cinco días y cinco noches navegó la goleta sin necesitar del rotor. Al amanecer siguiente, al enrizar los velachos, Morgan comentó:

—Motor. Contra viento. Nos toca perder por unas horas la vista, el olfato y el oído.

Pat Logan sonrió amablemente, en la toldilla.

—Al anoecer habré terminado. Basta con que no salgan de mi camarote. Las lucarnas están tapadas desde fuera. Hasta dos botellas de coñac y cuatro de cerveza tienen derecho.

En el interior del camarote, encendida la linterna, nada divisaban del exterior. Comentó Lorimer:

—Por mí no hacía falta. No tengo, ni idea de donde estamos.

—Según... Cuando suelte los fardos, si el capitán manda norte, llegamos a las Azores. No te excites, Alan. Si manda este, las Canarias. No respingues, Alan. Si pone rumbo sur este, tocamos en las islas de Cabo Verde, a poca distancia de Dakar. ¡Ajá!

—En los tres toques, sabremos del «Tritón». ¡Nunca he deseado tanto volver a ver a una rubia!

—Es que es guapa de veras —dijo Morgan, pero sus ojos brillaban rencorosos—. Yo, cuando estoy callado, no hago más que darle vueltas a lo siguiente: ¿qué haré con Carl y su hermanita, cuando les meta mano? Ella es una mujer, ¡galerna!

—¡Un demonio! Nos abandonó a morir del peor modo posible.

El resto del día, lo pasaron hojeando la gran cantidad de revistas de todo estilo que contenía un anaquel.

Dormían cuando entró Pat Logan. Ya no se oía el motor.

—Terminado el arreglo de las lonas, amigos. Y a propósito, me olvidé de citarles el puerto donde debo deslastrar el cemento.

—Cualquiera nos vale, capitán.

—Tenerife. No hace falta la balsa. Ustedes la tenían y les recogí esta noche a las once, en mi singladura natural, desde Boston. Así lo anotaré en mi diario de a bordo. Monty, como buen marino, sabrá calcular las derivas, para dar como punto de naufragio, o lo que sea, el más aproximado a mis datos.

—Seguro, capitán.

—Y a propósito, según donde quieran ir luego, les puedo dar pasaje. Depende también de la carga que me cuadre mejor. Si es el apestoso pescado salado, me irá bien llegarme a Sierra Leona. En fin, allá lo sabré, y repito, según lo que cargue, así daré rumbo. Puede convenirles. A lo mejor regreso a Boston, o iré al Cabo de Buena Esperanza. Los viajes largos son los más productivos. ¿Conocen Tenerife?

Los dos denegaron con la cabeza.

—Eterna primavera, gente tranquila y cortés, y no hay más pillos que los que vienen de fuera.

La goleta a favor del viento surcaba veloz hacia las siete Islas Afortunadas, y desde sus hamacas, vieron los dos agentes del C. I. A., recortarse el elevado pico del Teide, que mucho antes de hacerse visible ninguna de las islas, emerge del mar como gigante cíclope calmado de sus antiguos furores volcánicos.

Amanecía, cuándo la proa de la goleta miraba hacia los acantilados de Punta Anaga, tras los que abría ya el litoral de Santa Cruz de Tenerife.

VI

El policía a cuyo cargo corría la sección Marítima Mercante, escuchaba las explicaciones que en correcto español daba Alan Lorimer, que terminó:

—...y nos abandonaron en una balsa, de la que nos recogía anoche el capitán de la goleta «Belmar», que lleva cemento para esta isla. Tal vez reanudemos el viaje de regreso con la misma goleta.

—Muy bien, y creo haber entendido. Pero hay un punto que no veo muy comprensible. ¿Cómo debo considerarles? ¿Agentes del C. I. A., en misión y por tanto, pidiendo nuestra colaboración?

—No. Nuestra misión terminaba en las Bermudas.

—Ya. Entonces, son simplemente unos viajeros accidentados, ¿no es así?

—Exacto.

Sonrió el agente:

—He especificado este punto, porque en la suposición de que el yate «Tritón» pida entrada en este puerto, lamentaría tener que intervenir si ustedes, con sano impulso, causaban, desperfectos en los tripulantes.

—Es natural. No, no... Si particularmente deseamos hablar con los Engel, no podemos olvidar que primero somos representantes del C. I. A., y no vamos pues a causarle a usted un aumento de trabajo.

—¿Dónde se alojan?

—Hemos venido directamente aquí, por indicación del capitán de la goleta.

—Entonces... permítanme una sugerencia. Alójense en el «Mirador», y fíjense en un individuo llamado Ferdy Sverborg. Hace cinco días desembarcó de un frutero, y no me gustó, aunque no se lo dije. He sabido que acudió a la Comandancia de Marina para averiguar si sabían algo del yate «Tritón». No me extrañaría que fuese uno de los tiburones que cita la señorita Engel.

—Muchas gracias. Realmente es usted magnífico.

—No tanto. Les doy esta pista, pero a la vez repito, que esta ciudad vive tranquila, y los asuntos que no atañen a España, preferimos sean resueltos fuera de nuestro terreno.

—Una franqueza que sabemos apreciar, señor.

Ya en la calle, dirigieron al hotel «Mirador». El policía español les había descrito a Ferdy Sverborg, al despedirse cordialmente. Alto, fuerte, muy rubio, el largo cabello, y con la nariz aplastada, como el

que hubiese practicado el boxeo.

Logan les había prestado cincuenta dólares, y tras asearse, bajaron al comedor, presentando el aspecto corriente de unos marineros en escala larga o retenidos por enfermedad.

Había tres personas desayunando, pero el único varón, tenía la nariz muy larga y el pelo canoso. En el registro, con el pretexto de ver si había un amigo suyo, ojeó Lorimer las entradas correspondientes a cinco días antes, y vio que Ferdy Sverborg, tenía la habitación 15.

En el comedor, la mesita que tenía encima el soporte con el número 15, mereció la atención de Lorimer, que ocupó la contigua, sin número. Desayunaron, y terminaban cuando apareció un hombre alto, rubio, que vestía recias botas, pantalón corto, camisa de hilo, con bolsillos, y llevaba un «salakof» en la diestra.

Su nariz estaba achatada, y los ojos eran claros, fríos; insondables, con casi carencia de expresión. Empezó a desayunar calmamente un desayuno especial: coliflor rebozada, huevos con carne, plátanos...

Alan Lorimer encendió un cigarrillo, y dijo:

—No tardarán, y te juro que se van a acordar de nosotros, Monty.

—Bonita como es, me dará pena estrujarle el cuello.

—Ingrid y Carl son dos sentenciados, te lo aseguro —y Alan Lorimer de perfil, miraba al espejo en el panel de pared, donde vio a Ferdy Sverborg, que al ir a engullir un plátano, quedó un instante en suspenso al oír mencionar a Ingrid y Carl.

Alan Lorimer se calló, para ir bebiendo lentamente el coñac, al igual que Morgan. Ferdy Sverborg terminó su desayuno, recogió su «salakof» y abandonó el comedor.

—El anzuelo está cebado. Ahora, si pica, daremos cuerda —dijo Lorimer, permaneciendo sentado.

Cinco minutos después el camarero traía una tarjeta, entregándola a Lorimer:

—De parte del huésped de la habitación quince.

Leyó en voz alta Lorimer. Estaba escrito en inglés gramatical.

«Deseo invitarles. Somos extranjeros, y una mención que sin querer oí, despertó mi curiosidad. Habitación 15. Gracias».

En el anverso decía:

FERDY SVERBORG, G. M.

Naturische.

—Mordió —dijo lacónicamente Morgan—. Se trata ahora de que seamos ingenuos.

En la habitación 15, al llamar Lorimer, abrió el propio Sverborg. Saludó en inglés gutural.

—Bienvenidos. Pasen, por favor.

La antesala estaba cómodamente amueblada, y el escandinavo tenía sobre una mesita un frasco de coñac, y tres copas, que llenó.

Ofreció, brindando:

—¡«Skoll»! —vació su copa, y añadió—: Soy naturalista, dedicado más especialmente a la flora tropical. Me dispongo a seguir viaje hacia el África del Sur. Les oí mencionar dos nombres, y por cierto, me extrañó, porque parecían enojados. Los nombres eran Ingrid y Carl, dándose la casualidad de que son amigos míos, dos hermanos llamados así, con apellido Engel.

—Su coñac es magnífico, Sverborg, y me sabe mal tener que decirle que no son igualmente gratos sus amigos. Para nosotros, fueron como dos bestias.

—Los Engel no son muy delicados, lo confieso. ¿Un poco más?

—¡Hombre, sí! Usted es distinto, ¡caramba!, ¿verdad, Morgan?

—Ajá.

—Me llamo Lorimer, y éste Morgan. Somos americanos, y estábamos sin enrol. Pidieron dos tripulantes para el «Tritón», un yate. A nosotros, los yates, no nos convencen, pero cuando hace falta dinero, todo vale. Somos así. Bien, pues, figúrese usted que nos enrolamos y...

—Escucha, Alan —atajó Morgan—. Si los Engel son amigos de este caballero, y este caballero tiene un coñac tan sano y él es amable, no deberías importunarlo...

—¡Hombre, Monty! Yo lo que tengo dentro lo suelto, o estallo.

—Muy bien dicho —rió Sverborg, y rellenó de nuevo las copas.

—El caso es que íbamos en la máquina, y al salir de las Bermudas, se me ocurrió tomar el aire. Comprendo que no debí pasear por el puente de cámaras, pero lo hice sin malicia. Además, allá dentro hablaban como los perros, ladrando, y yo no entendía nada. Salió Carl Engel hecho una furia, y quiso arrearme. No se lo consentí, y su hermana, interviniendo, le apaciguó. Todo parecía terminado, cuando anteayer, al obscurecer, a este y a mí, nos dieron un porrazo a traición, y cuando recuperamos los sentidos, estábamos flotando en una balsa. Nos recogió un barco, por suerte. Y aquí estamos, con pocos dólares y ganas de matar al primer sueco que se llame Engel. He dicho.

Y como si se desfagara, apuró Lorimer su copa.

—Creo que podríamos entendernos. Ustedes están sin barco, y yo estoy viendo si puedo fletar uno para mi viaje hacia la costa africana. En realidad, los Engel me jugaron una mala pasada hace tiempo, y me agradaría volverlos a ver.

—¡Pues no sería nada raro que el yate tocara aquí!

—Es posible. Lo último que sé de ellos es que ayer entraron en el puerto de Fayal, en las Azores. Creo que andan buscando un permiso

portugués para ciertas exploraciones por Angola, colonia portuguesa.

—Yo oí cómo Carl hablaba de Luanda —dijo Morgan.

—Sabré pronto si este puerto es el en que han de finalizar su viaje. Mi asunto con ellos es puramente comercial. Si bien yo trabajo científicamente enviando fotografías y reportajes para el «Geographical Magazine», no desdeño, los asuntos comerciales. África ofrece muchas posibilidades; maderas preciosas, productos muy solicitados. Y no me desagradaría devolverles la pelota a los Engel, ¿comprenden?

—¡Vaya que sí! Usted quiere herirles donde más les duele. Estropeándoles un negocio. ¡Magnífico!

—Si fletó barco, me gustaría contar con ustedes. ¿Cuánto les tenían que pagar los Engel?

—Veinte diarios y mil al final. Ya debimos pedir dinero por adelantado, porque mire, patrón, nosotros, servimos al que mejor paga...

—Éste soy yo —rió Sverborg—. A partir de ahora, les pago lo mismo, con una variante. Anticipo dos semanas, y no les abandonaré en una balsa.

—¡Usted es el amo, patrón!

—Quédense aquí, y al mediodía hablaremos. Espero una comunicación.

—¿Qué te parece el nuevo patrón?

—Más falso que una hiena. Pero nos ha tomado por dos brutos, capaces, por dinero, de asestarle una puñalada a nuestra sombra. Y no todo iba a salir mal. Con Ferdy sabremos qué se traen entre manos los Engel.

—Bien, pero nos estamos saliendo de vías.

—Ya hemos enviado el cable a Washington, diciendo que el asunto nos trae muy ocupados.

—Y si volvemos allá, diremos que hemos ido a África, o que nos han metido en la cárcel aquí, porque queríamos romperles la cara a los Engel.

—Yo me huelo que la Atlantropa es asunto para Printz, el suizo y su nieta, pero para los Engel es la pantalla. Y hay algo gordo, al término del viaje del «Tritón». Yo sigo adelante, por mi cuenta e iniciativa.

—Bueno, yo también. Lo que sea, sonará.

Ferdy Sverborg, al mediodía, descifraba el radiograma que le había sido remitido desde Fayal, las Azores. Su contenido era puramente comercial, extenso, y el informante decía que el yate había zarpado rumbo a Luanda, obtenida una concesión portuguesa para la instalación de una explotación forestal en la ribera sur del Wango, el afluente del Congo. El yate no tocaría, pues, ni en Tenerife, ni en Dakar. Los pasajeros no eran ya seis. El suizo y su nieta, con Lars

Printz, habían tomado el avión hacia Lisboa.

Se encaminó a la terraza junto a la entrada del puerto, donde había citado al cambuyonero que debía notificarle la posibilidad de encontrar un velero que aceptase ser fletado hacia la costa.

El cambuyonero iba acompañado de otro que chapurreaba inglés. Hasta el golfo de Guinea, había dos motoveleros que se disponían a zarpar. Pero más al sur, ninguno. Había también otro motovelero, el «Belmar», que esperaba carga, y cuyo capitán decía que según le pagasen, le interesaría o no, ser fletado a Sudáfrica.

Ferdy Sverborg se dirigió al muelle de Ribera, donde una goleta, estaba descargando sacos de cemento. Subió la escalerilla, preguntando por el capitán.

Pat Logan miró al escandinavo, que tras citar su nombre, manifestó:

—Como miembro expedicionario de la «Geographical Magazine», debo trasladarme a Angola. Vamos ocho científicos, pero yo personalmente, no desdeño lo comercial.

—Tampoco yo.

—Tengo la certeza de que unos rivales míos, comercialmente hablando, van a intentar algo en el Wango, el afluente del Congo. Ya sabe usted, capitán, que tener los ojos bien abiertos, comercialmente, puede producir buenos beneficios.

—Seguro.

—¿Ha tocado usted alguna vez en Angola?

—No.

—Yo lo conozco. El yate en que van mis rivales, ha pedido puerto de Luanda, pero no me extrañaría que remontaran el Congo hasta Matadé e Leopoldville, siguiendo luego viaje en canoa hasta donde les interese llegar. ¿Podríamos hacer lo mismo?

—Depende si nos ponemos de acuerdo para el viaje, que es largo. Si hago la ida con las calas vacías, le costará mucho el flete.

—Tal vez allá, cargue yo sus calas, y al fin, pague ahora lo que pague, salga ganancioso.

—Bien. Entonces, por cada pasajero y por día de navegación...

Ferdy Sverborg no regateó ante la exorbitante demanda de Logan, que pidió la mitad como anticipo. Anunció que le interesaba estar a la vista del yate por la costa angoleña, cuanto antes, ya que la embarcación era muy marinera, con buen viento, y tenía cabida suficiente para, en caso de ser necesario, emplear los dos motores, no tener que hacer escala para repostar el combustible.

Sverborg regresó al hotel, donde con Lorimer y Morgan pasó al comedor.

—Todo arreglado. Zarparemos esta noche, rumbo a Angola. Una goleta magnífica, «Belmar».

Lorimer y Morgan asintieron sin comentar.

—Una goleta espléndida. Embarcaremos mis cinco colegas... Ah, es verdad, no les hablé de ellos. Se alojan en el «París». Forman, conmigo, la expedición, dijéramos científica. A los efectos oportunos, le dije al capitán que éramos ocho los científicos.

Rió el sueco, y los dos agentes le corearon muy divertidos. Dijo Morgan:

—Si me pregunta el capitán, algo de flores, sólo puedo hablar de las espinas de las rosas.

—Con callar, no hace falla más. Ahora comamos, que después seguiremos conversando.

El camarero ostentaba un semblante de estupefacción, viendo las cantidades de alimento que el sueco ingería. Terminado el almuerzo, en la habitación, Sverborg, después de rellenar tres copas, dijo:

—Vosotros estáis deseando hacerles pasar un mal rato a los Engel.

—Aja.

—No me opongo, pero puesto que pago, os ruego que esperéis a que obtenga un informe que preciso. Cuando sepa lo que van a hacer los Engel en el Wango, entonces... os dejaré libres de entendéroslos con ellos. Por ahora es decisivo que nada habléis de los Engel con los tripulantes y el capitán de la goleta.

—Bocas cerradas, manos abiertas, patrón.

—Bien dicho. Esta nota para que os presentéis a mis cinco colegas en el «París». Escribo en sueco, porque me es más fácil. A las siete, estaréis en el muelle de la Ribera, esperándome.

En la calle, Morgan gruñó:

—Nos hacemos el sueco, Alan, pero el sueco puede enterarse de que conocemos a Logan.

—Todo se arreglará. Pronto sabremos lo que buscan los Engel. En el Congo hay uranio, Monty.

—Ya... Y esta tarjeta, ¿qué explosivo contiene?

—Cuando doblemos esta esquina, en aquel café, lo sabremos.

En el café, sobre la taza humeante, pasó varias veces Lorimer el engomado del sobre, hasta que se abrió. Tradujo:

«Estos dos americanos van con nosotros como científicos. Odian a los Engel, y pueden ahorrarnos el trabajo final. Si fracasan, que no lo creo, servirán para lo otro. A bordo son ocho. Estad a las siete en el muelle Ribera.»

Rascóse Morgan la cabeza, y por fin insinuó:

—El sueco quiere asegurarse de que si algo falla, no sea por no tomar todas las medidas. Si es preciso, es de los que se toman la goleta a la dura. ¿El trafico final?

—Matar a los Engel, una vez sepan lo que buscan en el Wango. Y ni los Engel ni éstos buscan flores.

Volvió a cerrar el sobre, y poco después, en el «París», el que, respondía al nombre que llevaba el sobre, presentaba a los otros cuatro. Bebieron, rieron, y al despedirse, parecían amigos de la infancia.

En la calle, Monty Morgan refunfuñó:

—Son tiburones de los peores, porque tienen cerebro.

—Son pocos para nosotros dos. ¿Cómo harías, para hablar con el capitán Logan sin subir a bordo? Nos podría ver alguno de estos angelitos, o tener Fredy un vista cerca de la goleta.

—Cambuyonero.

—¿Eso qué es?

—Son muchachos que suben a bordo, buscando cosas que vender y ofreciendo otras. En aquel bar, se reúnen, al aire libre, contemplando el mar, siempre al acecho de los barcos que llegan. Desde allí vemos también el muelle de la Ribera. Es bonita la goleta, y el capitán Logan me es simpático, porque es un pillo de los que considero honrados.

—Ajá —aprobó Lorimer—. Míralo examinando la descarga. Es un bravo tipo. No será preciso mandar a nadie. Falta poco para terminar la descarga. Sería extraño que Logan no se diera una vuelta por suelo firme.

Media hora después, Lorimer y Morgan subían a un «taxi» cuidadosamente elegido, porque las ventanillas posteriores tenían cristales ahumados.

Pat Logan, con ropa limpia, iniciaba el ascenso por la ancha avenida del muelle, cuando a su lado se detuvo el «taxi», y Lorimer invitó:

—Suba, capitán. Le llevamos donde quiera.

Subió el irlandés, sentándose junto a Lorimer. Morgan volvía la espalda al chofer sentado en un plegable.

—Iba a dar un paseo, precisamente en «taxi», hasta un pueblecito cercano, San Andrés. Es tranquilo y las pescadoras son rústicamente estatuarias, las menos de treinta. Verlas me agrada, porque más no puedo intentar.

—San Andrés —indicó Lorimer al chofer—. Bien, capitán, lo que no se sabe nunca perjudica, pero es el caso que usted tiene que saber que Morgan y yo somos del contraespionaje americano.

—Bueno, ¿y a mí qué? No son aduaneros, y eso es lo que me importa.

—Gracias. Usted sabe que no hemos de citar nunca lo que no nos importa. Usted ha fletado su goleta a un sueco.

—¡Vaya! ¿A que el tipo es un espía? ¡Maldita sea! Con lo bien que soltó la moneda...

—Dijo que eran ocho científicos los de la expedición.

—Eso es. Ocho. Mis hombres dormirán en hamaca en cubierta.

—Nosotros somos dos de los científicos, y los otros entenderán de flores más que nosotros, pero estoy seguro de que a la hora de repartir, tanto les da disparar como degollar.

—Cáscaras... —murmuró Logan—. Creo que, ya que han puesto las cartas boca arriba, si he de entender el juego completo, enséñeme el reglamento.

Lorimer explicó la misión que tenían, sus sospechas, y cómo habían cebado el anzuelo. Terminó:

—No creo que pretendan apoderarse de la goleta, pero, que si las cosas allá en el Wango se complican, como forzosamente habrá de ocurrir, no titubearán en suprimir testigos molestos... usted, sus hombres, y nosotros dos.

—¡Me place, me place! Será un viaje delicioso. En las Marquesas, una vez, me metieron a bordo un cargamento de chinos de plantación, medio esclavos, al parecer. Eran piratas, y ya ve... aquí estoy con mi goleta. Pero confieso que de no ser por su aviso, habría confiado en los científicos. Ahora me interesa poner bien en claro mi papel. Yo soy Pat Logan, capitán del «Belmar» y voy a Angola, al Gongo, o al Polo Norte, mientras me lo paguen bien. Si los Engel disparan contra los Sverborg, yo tomaré fotografías o cantaré un responso, pero no quito ni pongo rey, si todo ocurre en tierra. A bordo, el que dispare o degüelle, va a los hierros. Y en tierra, si las pasan ustedes mal, y estoy yo por los alrededores, echaré una mano. Pero del C. I. A., de la hermosa Ingrid, de su hermano, del yate, no sé nada. Yo sólo sé que ocho científicos me han fletado la goleta, y mientras paguen navego, con goleta, con lancha o con almadía ¿Claro?

—Cabal, capitán. Una coletilla: los científicos tienen licencia para rifles, puesto que recorren tierras de fieras. ¿Sus hombres tienen licencia para armas de fuego?

—Según y cómo. Pero creo recordar que tengo en la goleta, no sé muy bien en qué rincón, unos cuantos cacharos que al oír estallar pólvora, dan un eco exacto. Fíjense en estas casas abiertas en la misma roca...

—Mis narices huelen a pescado putrefacto.

—Es un secadero. Envían este pescado a África, donde hay paladares que gustan de comerlo.

—Creo que lo prudente es separarnos, capitán.

—Sí, allí hay otra parada de «taxis». Bien, científicos, les deseo suerte. Ya explicaré a mis hombres que ustedes nunca pusieron el pie en la goleta, hasta esta noche.

Y por la noche, la goleta zarpaba, rumbo sud-este. Ferdy Sverborg calculaba en dos días la ventaja sobre el «Tritón».

VII

—Precisamente por la nobleza de Lars, es más odioso tu comportamiento, Olaf —dijo duramente Ingrid Engel.

Estaban los dos en la cámara del yate, que navegaba a la altura del golfo de Guinea, doce días después de partir de las Azores.

Olaf Printz tardó unos instantes en responder:

—No es mi culpa, si te quiero, Ingrid. Y si no tengo los millones de Lars, no por ello debo renunciar a mis aspiraciones. Además, tu actitud para conmigo, es demasiado soberbia. En este yate, en ausencia de Lars, mando yo.

—Mandas en los marineros, no en mí, Olaf. Desde que zarpamos, has estado tratando de decirme en todos los tonos, que sólo tú, sabrías ser el hombre que yo necesito. En cambio, Lars, sabe que yo le tengo afecto, y sabe también que no puedo amar. A los diecisiete años me enamoré, y a los veinte «él» moría. Ya no puedo querer a ningún hombre. Lars lo sabe.

—Dejemos por un momento la palabra amor, Ingrid. Mi hermano está ilusionado con la Atlantropa, y en Lisboa, está consiguiendo concesiones, saltos de agua, permisos de instalar factorías y fundar vastas compañías de explotación en terrenos hasta ahora poco explorados. Tú le propusiste hacerte cargo de la primera factoría, en Wango. Como en él mandas, rechazaste ir a Lisboa, bajo pretexto de que en tu compañía él corre muchos peligros.

—Y así es.

—Pero hay algo que no has citado nunca, Ingrid... Yo fui atando cabos: una labor larga, difícil... Escucha, Ingrid... No soy tu enemigo, pero he de emplear cuantos medios pueda para evitar que te cases con Lars. Y tal vez a Lars le disgustase saber que has ocultado la razón por la que, muy sabiamente, cuando ambos con Stroevel, estudiabais los mapas de todas las zonas poco exploradas de África, llevaste las cosas de modo que la primera factoría fuese precisamente en el Wango.

Ingrid Engel sacudió indolentemente la ceniza de su cigarrillo.

—¿Qué me dices de Irgünd, el audaz Gösta Irgünd? —preguntó Olaf Printz.

—Un hombre de conversación muy interesante.

—Y a la par un explorador que buscaba meterse por donde nadie había pisado. Él, en su último viaje, recorrió el Wango, cogió fiebres, fué a reponerse a Capri, y allí estabas tú, reposando también. Irgünd apareció muerto en su alcoba.

—La policía italiana aclaró sin lugar a dudas que fué un colapso.

—Sé que no lo mataste, pero también me consta que tú fuiste la única persona que averiguó, en la convalecencia del explorador del Wango, lo que éste encontró allí. Estaba reponiéndose para volver, y tenía fortuna suficiente, para, por su cuenta, iniciar cualquier excavación. Sud África es tierra generosa en diamantes, oro, y otros ricos metales.

—Sigue Olaf. Me gustas más así que hablándome de amor.

—Lars, el suizo y su nieta, tardarán meses en venir al Wango. Seamos socios y nunca le diré a Lars que lo empleaste de pantalla.

—¿Socios en qué?

—Irgünd había descubierto algo en el Wango.

—Sí. Me dijo que hay rápidos, que bien aprovechados podrían ser fuentes de electrificación para trenes. Lars desea fundar los cimientos de su Atlantropa, y que las futuras generaciones tengan, en lo que hoy es tierra inexplorada, un gran continente donde el trabajo para todos sea una posibilidad. Las fuentes del Wango serán el principio de la colosal tarea que dará trabajo a cientos de miles de europeos, que no necesitarán emigrar a América, porque en África está el porvenir.

—Ya... ¿Persistes, pues, en asegurarme, como le juraste a Lars, que habías abandonado todo trabajo relacionado con tus antiguas actividades, y que la Atlantropa es tu único entusiasmo?

—Es así. Antes destruí, ahora quiero construir. Creo haberte dicho, que el hombre al que amé a los diecisiete, murió cuando yo tenía veinte años. ¿Sabes por qué murió? Me pagaron bien un informe acerca de una incursión aérea. Yo no sabía que él era uno de los pilotos, y cayó con su avión en llamas... Desde entonces, abandone...

—Mientes muy bien, Ingrid, y casi me has enternecido. Pero yo sé que sólo tienes ahora un amor. No la fortuna corriente, sino algo mayor. No te basta la riqueza de Lars, y prefieres seguir libre, porque... ¡en Wango espera la más colosal de las fortunas!

—Eres un necio, Olaf. Si así fuera, ¿iba yo a ir contigo y los veinte marineros a tus órdenes?

—Nada dejas al azar. Tú lo has planeado todo perfectamente. Y esto es lo que quiero aconsejarte: asóciate conmigo. Será preferible. Si tienes reclutada gente de tu confianza esperando por el Wango, tú correrás el peligro mayor, porque desde este instante he hablado diciéndote lo que sé, y no ignoro que tu belleza oculta la decisión más inesperada.

—Sin melodrama, Olaf. Tú mismo comprobarás, que yo seguiré en el Wango, paso a paso, las instrucciones de Lars y Stroevel. Allí tenemos que dirigir negros portadores y capataces, para ir instalando los campamentos. Es una tarea que me agrada. Y lo que de Irgünd has pensado, ha sido un exceso de tu imaginación. Eso es cuanto opongo a

tus amenazas. Y nada le diré a Lars ni a mi hermano. Escucha, y como último argumento: si yo pretendiera algo distinto a la Atlantropa ¿persistiría, sabiendo que el C. I. A. está sobre mis pasos? Cuando los dos americanos, se quedaron en tierra, en las Bermudas, por cierto sin despedirse de mí, casi como si me tuvieran rencor, sabían que el puerto final del «Tritón» era Luanda. Si en Angola buscara yo algo, hubiese ido por caminos más secretos. Y ahora, me voy a descansar. Hace calor. Y no me tengas odio, Olaf. Yo te prometo, si ello ha de consolarte, que no me casaré con Lars. Él no se merece una mujer como yo.

Levantóse ella, para entrar en su camarote. Olaf Printz no volvió a citar sus sospechas. El yate continuó su rumbo, acercándose a la desembocadura del caudaloso Congo.

Pat Logan, mientras paseaba por la toldilla, dió una orden. Se arriaron unas velas, y el timonel viró, dando popa a la costa.

Ferdy Sverborg explicó:

—Los del yate anunciaron que darían puerto en Luanda, pero también sería posible que fuera un engaño, y penetraran por el Congo hacia Matadí, puesto que a ellos les interesa llegar al Wango.

—Facheando así, divisaré cualquier yate procedente del Norte. La ruta más navegada por esta latitud es la de Lobito, al sur, y Matadí, el fluvial al interior. Hora es que especifiquemos qué papel, me incumbe al divisar usted el yate.

—Seguirlo, y anclar donde ancle.

—¿Después?...

—Fleto sus dos lanchas motoras, y usted con la goleta permanecerá en puerto, esperando mi regreso.

—En el puerto que toquemos, usted me pagará un mes de espera, y el valor de las dos lanchas.

—Bien. No discuto, porque es lo razonable.

Paseando a proa, Lorimer y Morgan tenían ya hartura de mar. Los demás cómplices de Sverborg pasábanse las horas bebiendo y leyendo, documentándose en libros y mapas los vastos territorios bañados por el Congo y sus afluentes.

El calor era pegajoso, y el mar ya no era fresca agua azulada, sino amarillenta y turbia, casi cenagosa.

Por fin, al amanecer siguiente, fué visible la blancura del yate que emproaba hacia la desembocadura del Congo, y la goleta, pareciendo venir del Sur, siguió su estela a unas dos millas.

Ya las riberas si bien lejanas entre sí, quitaban monotonía a la navegación. Unos prismáticos potentes que Morgan ganó a los naipes

a uno de los escandinavos, le permitieron divisar en el entrepuente del yate a Ingrid Engel.

Y resumió sus pensamientos, comentando:

—Cada vez estoy más seguro que no fué ella, Alan. No digas que estoy enamorado, y por eso la quiero defender. Me baso en su inteligencia. No negarás que es inteligente. ¿Iba pues a correr el riesgo de que nuestra desaparición, llamase la atención del C. I. A. a su yate?

—También pensé en ello. Lo aclararemos, ya que pronto Ferdy empezará a actuar.

Al obscurecer el yate anclaba en el puerto de Matadí, pertenencia belga. A poniente lo hizo la goleta. Toda la noche hubo ajeteo, y amanecía cuando río arriba, partían en dos chalanas unidas por largo cable, Olaf Printz, Carl y su hermana, más doce hombres de la tripulación.

Ferdy Sverborg no había salido de la cámara, y cuando ya hacía una hora que habían desaparecido río arriba las dos chalanas, cargadas a tope sus cascos, fueron arriadas las dos lanchas motoras de la goleta, ocupando cada una de ellas, cuatro de los acompañantes de Sverborg.

Sabía ya Lorimer que varias cajas contenían rifles de repetición, fusiles ametralladores y municiones. Provisiones de todas clases habían sido acumuladas en las dos lanchas, con tiendas de campaña, dos de las que formaban ahora la toldilla en el centro de cada embarcación.

El río tenía una anchura próxima a las tres millas, y Sverborg explicó a las dos horas de navegación:

—Las chalanas entrarán por el Wango o el Kasai. Hasta que no acampen, no sabremos los propósitos de Ingrid —habló en sueco a los otros, creyendo no ser entendido por Lorimer y Morgan—. Es seguro que reclutarán congolese en Bandundu o Inongo. Lo mismo haremos, dándoles siempre ventaja de horas, para que no averigüen que les seguimos. Y cuando sepa yo a qué atenerme, enviaré a estos dos, a que inicien el trabajo.

Habló en inglés:

—Tendréis que pacientar, amigos. Pueden pasar semanas antes de emprender acción directa. He de saber primero lo que se propone Ingrid.

Al obscurecer, los insectos invadieron las canoas, mortificando constantemente a Lorimer y Morgan, hasta que imitaron a los otros rociándose la piel con petróleo.

La densa obscuridad de la noche empezó a poblarse de rarezas. Gritos agudos partían de las riberas. Los grandes murciélagos «bakum» daban aletazos al ser ahuyentados a culatazos. Una masa repentina estuvo a punto de volcar una de las canoas al surgir de pronto. Un

hipopótamo.

Durante el día el calor daba ardor al agua. Por la noche, la humedad sofocaba. Y así durante tres días y tres noches, en que Lorimer y Morgan tomaron el tónico medicinal de profilaxia contra las picaduras de toda clase de insectos y las miasmas del río: quinina y *whisky*.

Al cuarto amanecer apareció el poblado de Bandundu, donde el anchuroso río se dividía en los dos afluentes hacia el Sur: el Wango y el Kasai.

Dos caserones blancos, de los residentes europeos, y numerosas chozas en alto, sobre pilotes de madera encima de pantanos.

Sverborg bajó a tierra, con tres de sus cómplices, regresando a las dos horas. Nada explicó, pero las dos canoas desviaron por el Wango, y tras ellas, cuatro almadías siguieron remadas por negros robustos, mientras otros sostenían la barra de hierro que reunía por los bozales grupos de cuatro extraños animales.

Parecían asnos, pero no tenían pelo, sino lisa piel gris. Era la cabalgadura de la selva congolea.

El Wango estrechábase y al llegar la noche, las riberas muy cercanas imponían cierta sensación indefinible. Bastaba que cualquiera proyectase el haz de su linterna eléctrica, para que los matorrales, revelasen multitud de puntos rojizos: pupilas acechando de fieras extrañas.

Todo era ya siniestro. Los escandinavos hasta entonces soportables mientras estuvieron ambientados en civilización, tenían trazas patibularias al no cuidarse del aseo personal.

Ferdy Sverborg no era ya el atildado hombre de negocios, sino un barbudo atleta de faz bestial. Y al segundo día de navegación lenta por el Wango hacia el Sur, los barcos ya no flotaban; se arrastraban por el agua cubierta de una espesa capa de raíces podridas y de plantas enmarañadas. Los remeros debían muchas veces abrirse paso con largas pértigas rematadas en hojas de acero.

La fetidez de la descomposición vegetal era nauseabunda. Alan Lorimer tenía el ojo izquierdo completamente cerrado, y monstruosamente hinchado. Una picadura de insecto. El ojo derecho empezaba a cerrarsele.

La tercera tarde de navegación por el Wango, Lorimer tanteó el hombro de Morgan, a su lado, a popa de la segunda canoa:

—No veo nada, Monty. Nada... Estoy ciego, ¡condenado me pudra ya!

—Calma, viejo. Cuando toquemos tierra, ya encontraremos agua limpia. Estoy ya harto de alcohol. Nunca creí que me daría asco la bebida, y que el pensar en agua fresca me volvería loco a medias. Hemos de aguantar un poco más.

—Si estos se dan cuenta de que no veo...

—Con las gafas puestas no pueden verte los ojos, Alan.

—Tenían razón allá. Quien sigue por bien o por mal a Ingrid, acaba fatalmente, Monty. Esto es horrible. Me he quedado ciego.

—Pasaré, viejo.

Al amanecer siguiente, Ferdy Sverborg vino a sentarse a popa.

—¿Qué te pasa, Lorimer?

—Me picó un bicho, y tengo un ojo hinchado.

—Ya han acampado los de Ingrid. Están limpiando el terreno, y levantando dos hangares, junto a una cascada. Ahora ya podré saber lo que quiere. He venido a haceros una proposición: traedme viva a Ingrid al lugar donde voy a acampar, y os pagaré lo que pidáis, y podéis regresar a Matadí, para cuyo viaje os prestaré diez negros.

Monty Morgan replicó:

—Ellos son quince, pero más pueden hacer dos hombres decididos, que todos vosotros. ¿Cuánto, Alan, cuánto pedimos?

—Dos rifles, dos pistolas, y un ametrallador para cada uno. Al regreso, veinticinco mil cada uno.

—Lo vale la cosa. No os quiero engañar. Os será difícil, porque en el campamento habrá vigilancia.

—Por eso pedimos lo que pedimos. Nos tendrá que facilitar un guía.

—Naturalmente, y tres mulos congolese.

Pero después, apoyándose en Morgan, Lorimer quedaba a horcajadas sobre el lomo de un mulo congolés, en bandolera a la espalda los dos rifles, en el cinturón dos pistolas, y a su silla, una caja conteniendo el fusil ametrallador.

No veía nada en absoluto, pero sabía que la brida de su cabalgadura se unía a la silla de Morgan. Delante de ellos dos, un congolés señaló un punto al este, y los tres mulos empezaron a pisotear el fangoso terreno de la ribera.

Cuando el camino lo permitía emparejaba Morgan su montura a la que conducía a Lorimer, que gruñó:

—Estamos locos, Monty. Yo ciego... yendo a los que...

—No estamos locos. Hay que seguir adelante, sólo que ahora llevo yo las riendas. En lo poco que el guía habla de inglés, me ha dicho que para llegar al campamento de Ingrid, tendremos que andar tres días porque no se puede ir en línea, recta por tierra, y por el río, nos verían.

—Los ojos me duelen peor que si fueran muelas.

—Señal que curan. Además me dieron un inyectable especial, para cuando te duelan más.

Llegó un momento en que Lorimer no se dio ya cuenta de nada de cuanto le rodeaba. No sintió que sus muslos y tobillos eran atados

alrededor de su montura, ni que cayó de bruces sobre el cuello del animal. Y que Morgan le unió las dos manos ante el cuello del mulo, atándolas.

No tenía noción de las horas, y cuando el guía detuvo la pequeña caravana, en lo alto de una boscosa colina, señalando al fondo de un valle, tampoco pudo darse cuenta que por fin, daban término a su persecución de Ingrid Engel.

Fué entonces cuando Morgan le inyectó la morfina. Después, el comportamiento de Morgan hubiera extrañado al mismo Lorimer, porque súbitamente descargó un puñetazo en plena mandíbula del guía, y al derribarlo, procedió a atarlo en su cabalgadura.

Unió entre si los tres ronzales a modo selvático, con una recia rama ante los tres anillos, y asiendo la cuerda central, a pie, empezó a descender hacia el valle, conduciendo los tres mulos con su cargamento de dos prisioneros y armamento.

Las negras gafas, y su atuendo, hacían que Monty Morgan en nada se pareciera al marinero que se enroló en el yate «Tritón».

Parecía un explorador exhausto y extraviado conduciendo a un compañero y a un guía desmayados y enfermos, atados para su propia seguridad.

En el recodo formado por el río Wango, donde un brusco declive se despeñaba en ancha cascada, pululaban unos hombrecillos negros: los pigmeos del Iuri, que dirigidos por Carl Engel y Olaf Printz, trabajaban activamente construyendo los dos hangares.

Un material incombustible formaba las paredes, techo y ventanas, y unos tubos recogían, el agua de la cascada para crear un cuadro de agua que refrigeraba en muros líquidos, alrededor de los dos hangares, a modo de fachadas que refrescaban.

Los doce tripulantes iban desembalando el material que los pigmeos descargaban de las embarcaciones. Trabajaban activamente, porque la paga en sal, conservas, utensilios de labor y cocina, era generosa.

Fué Ingrid la que divisó primero el extraño grupo que descendía de la colina. Se hallaba sentada en la mecedora rodeada de mallas sutiles, ante su tienda de campaña.

Hizo una señal hacía los que se dirigían a abandonar el trabajo, para dirigirse al encuentro del desconocido. Ella se levantó, y los otros siguieron en su tarea.

Ingrid Engel llegó ante Morgan, cuando éste deteniendo las monturas distaba un centenar de metros del campamento.

Monty Morgan señaló atrás:

—Un amigo narcotizado y un guía atado, no son tiburones, ni yo tampoco, Ingrid. Tus hermosos ojos demuestran que me han reconocido. Si estoy aquí, pacíficamente, es porque, por corazonada,

como diría Lorimer, sé que es imposible que tú ordenases que nos abandonaran en un islote de las Bermudas, sin agua, atados.

—Sólo pudo ser... Olaf. Odiaba a Lorimer. ¿Está enfermo?

—Ciego... temporalmente. Escucha, Ingrid... Un tal Ferdý Sverborg, con siete tipos de su misma calaña, ha acampado a tres días de aquí.

Explicó Morgan lo sucedido desde Santa Cruz de Tenerife, terminando:

—Si le dices a Olaf que somos exploradores perdidos, yo y Lorimer, si se repone, somos para ti de más confianza que toda esta manada. Ferdý cree que buscas un tesoro.

—Olaf también. ¿Y Alan, qué cree?

—Está desconcertado. Pero él y yo creemos que estás sola, con tu hermano, entre remolinos de tiburones. Bien, llevo barba, y poca piel me ves. Sin sonrojarme puedo decirte que te quiero. El decirlo no ofende a nadie, más cuando no tengo la menor esperanza. Pero, de algo puedes estar segura, Ingrid. Ni Alan ni yo somos enemigos tuyos.

—Gracias —dijo ella, y su gesto fué gracioso, cuando aplicando sus dos manos en los hombros de Morgan, le besó las barbudas mejillas—. A tu viril declaración, correspondo con afecto, Monty. Venid a mi tienda, y le diré a Olaf que sois exploradores perdidos, avisándolo que Ferdý Sverborg ronda. ¿Cuántos hombres reúne?

—Cincuenta y seis, sobrándole armas.

—Vamos a mi tienda.

En la litera quedó tendido Lorimer, dormido profundamente. Ella ofreció su caja botiquín a Morgan. El guía congolés quedó atado a un árbol. Olaf Printz escuchó la explicación de Ingrid:

—Exploradores extraviados. Uno está grave. Nos han prestado un gran servicio. Han visto un grupo de blancos con cincuenta negros. Los capitanea Sverborg, porque es él, por la descripción que me ha hecho el belga.

—¿Por qué llevaba prisionero al congolés?

—Quiso abandonarlos.

—No me fío, Ingrid. Pueden ser espías.

—¿Qué expiarían? Te he dicho ya, Olaf, que cuanto aquí pasa es claro como esta agua.

—Sverborg te sigue y no es hombre para perder el tiempo.

—Sverborg hace años que me sigue. Hemos de pensar ahora que en cualquier momento puede, intentar el ataque de este campamento.

—Esta noche quedan terminados los dos hangares. Son pequeñas fortalezas, y tenemos armas. No hay peligro, Ingrid. Pero estos dos exploradores pueden traerlo.

—Carl vendrá a vigilarlos.

Atardecía, cuando Ingrid y Carl se encaminaron hacia la tienda. En

el umbral, Morgan puso un dedo sobre sus labios, y ellos entraron pisando sin ruido.

En la litera, incorporado, Alan Lorimer, sin gafas, mostraba los dos ojos cerrados, con rojiza hinchazón. Dijo Morgan en voz alta:

—Estamos ahora en sitio seguro Alan. Un poblado pigmeo, donde el residente portugués nos ha prestado su tienda.

—Hace frescor, y hay una cascada cercana, Monty. Mis ojos no me duelen ya.



*...chasqueó la lengua Morgan, alzando el cañón
de su fusil.*

—En el botiquín bahía «Argirol». Es una ceguera temporal, Alan. Ingrid y Carl se habían sentado cerca del umbral, Lorimer murmuró:

—Hay alguien contigo, Monty.

—Sí. El portugués, que apenas entiende inglés, y su esposa.

—Estoy mejor, Monty, pero es curioso... desde que no veo nada de

lo que me rodea, veo mucho más claro dentro de mí. ¿No te has preguntado por qué te embarqué en esta necia aventura?

—Tú me lo dirás.

—Nada teníamos ya que ver con Ingrid... pero si al principio la seguí con odio, después comprendí que ni ella ni su hermano podían habernos abandonado en el islote. Y seguí... ¿sabes por qué? Porque ella es una mujer acosada, y ya me daba igual que buscara por aquí uranio, titanio o platino. Me daba igual, Monty... ¡sólo quería volver a verla!

Rió Lorimer con ronco estertor:

—Es gracioso. Para ver a una mujer atravesar este infierno... y ahora no veo ni la luz del día. Debemos irnos, Monty.

—¿A dónde?

—Hay que avisar a los Engel de que Sverborg nos mandó para cogerla a ella con vida.

—Te reías de mí, viejo, cuando me viste enamorado.

—Lo mío es distinto... Yo la quiero de otro modo, para protegerla, y por eso, lo abandoné todo. ¡Pero malditos sean mis ojos...!

Se llevó las dos manos a la frente, crispadas las mandíbulas, Monty Morgan le sacudió por un hombro, refunfuñando:

—Estamos dispuestos a todo por ella, pero, ¿no es Ingrid la famosa espía culpable de miles de muertes?

—Sé que si ella pudiera explicarse, si ella pudiera abandonar su fachada de insensible, nada habría que ella no pudiera exponer sin remordimientos.

—Sin extravíos, Alan... La quieres, pero, no por eso, deja ella de ser quién es. Y ahora, perdona, Alan... Los portugueses que te dije son Carl Engel y ella. Así ahora hemos echado fuera lo que teníamos dentro. Somos dos americanos, que no queremos si lo podemos evitar que un banco de tiburones la devore.

Alan Lorimer cerró los puños, pero se apaciguó al sentir sobre su frente el contacto de una mano femenina, y la melodiosa voz de la que sentada en la litera, habló con lentitud:

—Arde tu frente, Alan, y sois tú y Monty los dos primeros hombres que me han ofrecido lo mejor sin pedir nada a cambio. Yo creí que habíais desembarcado en Hamilton. Ha sido Olaf el único que ha podido hacer esto, porque te odiaba, Alan. Olaf y los doce tripulantes creen que aquí hay minas descubiertas por el explorador Irgünd. Él me acecha, pero ahora nosotros cuatro podemos proseguir. Bastará con asegurarnos de Olaf, y decir a los otros, que no está en sus cabales.

—Muy temprano engañaste, Ingrid. Tu vida ha sido una constante madeja de laberintos.

—Así fue, y por eso ahora tengo mi castigo, cuando digo la verdad y nadie me cree. Carl sabe que yo aquí lo único que busco, es

aislarme, y colaborar en el magno proyecto de la Atlantropa. Elegimos este lugar porque Lars y Stroevel, lo consideran como el centro de arranque de las comunicaciones de explotación.

—¿Si Olaf está loco, por qué viniste con él?

—Lars iba a Lisboa, para negociar concesiones territoriales. Ir con él era exponerlo a constantes peligros. Él es bueno... le tengo afecto, como le tengo afecto a Monty... Debes creerme, Alan. Necesito que me creas.

Mientras hablaba ella impregnaba de un desinfectante ocular un vendaje que aplicó sobre las inflamadas cuencas de Lorimer

—Esta noche Carl y yo, con cinco tripulantes, ocuparemos uno de los terminados hangares. Olaf y los otros siete, ocuparán el otro. No podemos contar con los pigmeos en caso de ataque de Sverborg. Lars puede tardar un mes o medio año, aunque creo que abreviará en lo posible cuanto está negociando. Me gustaría contar contigo, Alan.

—Si me quieres servir de lazarillo...

—Apenas la tumefacción decrezca, volverás a ver, Alan. No es más que la hinchazón de párpados. Así estuvo uno de los nuestros, y ya vuelve a ver.

Monty Morgan intervino:

—Ya ha obscurecido y no hay miedo a que me reconozca Olaf. Carl y yo vamos a ver los hangares, Alan.

Se fueron los dos. Ingrid Engel encendió un cigarrillo y lo colocó entre los labios de Lorimer, que tendido boca arriba, vendados los ojos agradeció el largo silencio que siguió a la salida de los otros dos.

Por fin ella empezó a hablar en un tono de evocación:

—Cuando murieron mis padres y mi hermana, yo estaba en un internado, lejos. Supe que encima de ellos se había derrumbado el techo, porque una bomba de aviación mal dirigida se equivocó de meta, yo no sé cómo hacértelo comprender, Alan... Un psicoanalista, diría tal vez que me entró un complejo de odio hacia los pájaros metálicos que siembran semilla de muerte. Le cierto es que no me interesaban el color de las alas. No empleé mi cerebro para derribar aviones de una nacionalidad definida. ¡Cuántos sabotajes en aeródromos y fábricas de aviación, fueron planeados gracias a mis informes! pero éstos no llevaban una marca racial. Me bastaba que fueran aviones. Nunca he viajado en ningún avión. El sólo ver a uno de ellos manchar el cielo, me produce vértigos y odio. Años y años di mis informes a quien podían servir. Hasta que... el único hombre del que me enamoré, cayó derribado por una cortina de fuego.

Ingrid Engel cerró los ojos y en el borde de sus largas pestañas temblaron dos lágrimas, al proseguir diciendo:

—No sabía que era piloto. Me decía que era diplomático, para justificar sus ausencias. En aquel vuelo no hubiese muerto, porque las

escuadrillas en que él era uno más, seguía una ruta especial, que yo descubrí. Informé, y cuando no esperaba la muerte, por mis informes, una cortina de fuego y destrucción, aniquiló aquellas escuadrillas. Cuando supe que yo era quien había moralmente dado muerte a mi amor... tuve la reacción de cualquier mujercita. Un ataque de histeria, un envenenamiento frustrado, reposo en un sanatorio, e ingresé en un convento. Pero no tenía vocación. Nada podía hacerme olvidar mi pasado. Conocí a Lars Printz, que quiso convencerme de que yo no era una asesina, sino un engranaje más en la moderna guerra, con la atenuante de que actué bajo una impresión enfermiza por la muerte de mis padres y de mi hermana. Quise olvidar mi pasado, pero hubo quien me lo recordó constantemente. Los mismos servicios por que trabajé, daban a cualquiera de mis pasos, un sentido que no tenían. Como Olaf, como Sverborg... como el C. I. A. Y por eso, aquí en esta selva, ya para siempre, tal vez hallaré la paz de espíritu que necesito. Esta es mi historia, Alan. No soy digna de compasión, pero me gustaría que me creyeses, Alan. Y al igual que me inspira afecto la lealtad de Monty... quisiera que tú renunciaras a creerme la intrigante que fui.

—Te creo, y cerca estás ya de obtener la paz, Ingrid. Alejado Olaf y exterminados los tiburones de Sverborg... podrás casarte con Lars Printz.

—No he de casarme. Ningún hombre puede saber el tormento que es, inspirar amores y deseos. Primero, halaga... Después es una obsesión.

Saltó ella en pie, y maldiciendo arrancóse Lorimer la venda. Fuera, crepitaba, restallante, una ráfaga de disparos, entre el griterío salvaje de negros pigmeos corriendo en todas direcciones.

Saltó también en pie, Lorimer, porque una estrecha rendija al empezar a actuar el bálsamo ocular, le permitía entre los párpados sin pestañas, divisar lo que le rodeaba.

Asió el fusil ametrallador, colocado en su caja bajo la litera, y cogió por un hombro a Ingrid Engel que iba hacia la puerta de la espaciosa tienda de campaña.

Los disparos eran ahora intermitentes, espaciados, y dijo Lorimer:

—Quédate aquí. Sólo disparan seis rifles... No es ataque desde fuera, sino tiroteo de hangar a hangar, ¡Quédate aquí, maldición! Que si quieres volver a ser mujer, falta hace que alguien te mande...

Salió fuera agazapado con el fusil ametrallador cruzado ante el pecho, mientras ella, atónita primero, dejábase caer sobre la litera.

VIII

Al exterior, reinaba la penumbra rota a trechos por linternas envueltas en tela azul, y por fogonazos de disparos que partían desde un lugar entre la cascada y el primer hangar más cercano al agua.

Le costaba a Lorimer percibir con detalle, porque todo era aún borroso. El silbido de un proyectil le hizo encogerse instintivamente, y corrió a un lado, hacia el otro hangar, a unos veinte pasos de la tienda.

Oyó la voz de Morgan procedente de unos veinte pasos a su lado:
—¡Aquí, Alan!

Valiéndose de las rodillas y los codos, avanzó arrastrándose hasta llegar a la fachada lateral del segundo hangar. Los tubos refrigeradores no manaban el agua vertical de surtidores.

Monty Morgan estaba con Carl Engel, ocupando cada uno de ellos una esquina de la fachada posterior. Tras ellos se acurrucaban una docena de pigmeos, tendidos de bruces. Ante ellos tenían el arco tenso. Morgan habló pausadamente:

—Olaf debió reconocerme, y al acercarme con Carl, disparó. Lo vi a tiempo, y nos parapetamos aquí. Los demás pigmeos han huirlo, pero estos que reciben paga especial de Carl, aguardan el ataque. Carl dice que es hora de terminar con la locura vesánica de Olaf.

—Tiene doce satélites.

—Sí, los ha convencido de que Ingrid busca aquí un tesoro, y ellos están dispuestos a todo. Podemos decir que nuestra llegada ha señalado el inicio de las hostilidades.

—Van a rodear esto, y les bastará vadear el río, por encima la cascada. Estos pocos que están allí, pretenden entretenernos.

—Ya lo he pensado. ¡Carl!

Se aproximó al escandinavo, mientras Morgan disparaba dos balazos hacia el otro hangar.

—Van a cogernos de lado y retaguardia, Carl. ¿Puedes aguantar aquí con los diez enanos, mientras Alan y yo, vamos por allá?

—Será lo mejor. Aquí corto el paso si pretenden ir a por Ingrid.

Morgan y Lorimer se alejaron del hangar metálico incombustible, arrastrándose. Morgan señaló el río, cuando llegó tras un matorral.

—Tu vigila hacia el Este, y dispara tan pronto veas algo sospechoso. Olaf y los suyos están dispuestos a todo, eliminándonos, para coger a solas a Ingrid.

Habían cesado los disparos. No se oían más que los tenues rumores

constantes de la selva en rededor del valle. El río remansado después del salto de agua, semejaba llanura de vegetación con masas de juncos en compactos cañaverales.

Alan Lorimer notaba como paulatinamente sus párpados iban abriéndose a medida que decrecía la hinchazón.

Espalda contra espalda, Morgan ladeó la cabeza para explicar en voz baja:

—Carl no quiere que los pigmeos tomen parte en esta guerrilla, porque dice que los negros si son incitados por blancos a escabechar a blancos, lo hacen, pero después perdido ya el respeto hacia quienes les ordenaron la matanza, procuran acabar con todos.

—Un panorama precioso. Ahora Olaf, después Ferdy, y si quedamos vivos, los enanos. Ingrid eligió una manera especial de suicidarse. Está harta de tiburones.

Chasqueó la lengua Morgan, alzando el cañón de su fusil. Unos cañaverales a medio centenar de metros acababan de inclinarse.

Carl Engel había destrozado a balazos las linternas que podían con su halo revelar su presencia.

Alan Lorimer veía los cañaverales removerse, y percibió por fin, el deslizarse de la barca plana formada por varios troncos, sobre los que seis hombres tendidos, hacían avanzar la almadía empujando con pértigas.

Distaban unos treinta metros y quedaban aún medio cubiertos por el cañaveral. Alan Lorimer apuntó cuidadosamente, diciendo:

—Los de la derecha de la balsa, míos, Monty.

—Vigila mejor el Este, porque estoy casi seguro de que el otro grupo habrá vadean más lejos para cogernos por el flanco opuesto. ¡Ay, galerna!

La almadía que avanzaba acababa de convertirse en un alborotar de gritos asustados. El silencio anterior se vio truncado por gritería humana.

Una masa negra, reluciente, acababa de surgir del agua volcando la balsa. Era un hipopótamo molesto en su sueño...

Los escandinavos cayendo al agua braceaban, en el cenagoso pantano creado por el río y la vegetación de los juncos.

Monty Morgan cerró los ojos, asqueado. Alan Lorimer tardó más en darse cuenta de lo sucedido.

Vió escamas, largas mandíbulas, remolinos, coletazos monstruosos, y manchas rojizas extenderse lentamente.

—Una charca de cocodrilos —murmuró Morgan, roncamente.

—Hay más de diez repugnantes bichos de éstos, Monty. Voy a disparar voy a disparar...

—¡No! Los desgraciados éstos ya no pueden hacer nada, ni nosotros por ellos. Cayeron en plena charca, y tus balas resbalarían sobre lomos

de coraza... Ya nada podemos hacer.

Un completo silencio macabro sucedió al interior y repentino griterío. Lentos remolinos indicaron que varios saurios peleaban entre sí por los humanos restos...

El hipopótamo, causante de todo, volvió a sumergirse pesadamente. Los cañaverales recuperaron su primitiva posición vertical. En menos de dos minutos, seis hombres habían muerto horriblemente triturados...

Pasó una larga hora, a cuyo término, de hangar a hangar se habían cruzado muy espaciadamente unos cuantos disparos.

Monty Morgan comentó:

—Allá quedan sólo Olaf por un lado, y Carl por el otro. No hay más que dos rifles. Vienen, pues, acercándose, imagino que por donde los otros seis.

Pero la noche iba transcurriendo, lenta, exasperante, y se acercaba el amanecer, cuando Morgan se puso en pie, porque del este acudía corriendo velozmente un pigmeo.

Medía como los demás, menos del metro y medio, y era ágil y musculoso. Blandía en alto su lanza...

De los hangares procedió ahora un crepitar de pistola. Volviéndose, pudo Lorimer, cuyos Ojos estaban ya casi normales, ver cómo Olaf Printz, en el suelo, pretendía en vano apretar el gatillo.

Tambaleándose, se cogía el hombro izquierda Carl Engel. Se adivinaba que Olaf Printz, queriendo acabar con aquella angustiada noche de espera, había atacado por un costado al único adversario que le cortaba el paso hacia la tienda ocupada por Ingrid Engel.

De la tienda surgía Ingrid corriendo hacia su hermano...

El pigmeo, se detuvo a las señales de Morgan, que colocó en alto su fusil, para tranquilizar al negro enano.

Se acercó el pigmeo y al estar ante los dos americanos, empezó a hacer gestos elocuentes. Señalaba al este, después tocaba la piel de Morgan, y se llevaba el índice al pecho para con su arco, fingir que disparaba.

Alzó la mano izquierda abriendo los dedos y el pulgar de la otra. Repetía incesantemente una sola palabra:

—«Hausa, hausa».

Monty Morgan señaló hacia la tienda, y echó a andar seguido por el pigmeo y por Lorimer. En el interior, Ingrid estaba atendiendo a su hermano tendido en la litera, lívido, desvanecido.

Murmuró:

—Olaf ha muerto... y Carl está malherido. Tiene dos balas en el pecho. La muerte sigue siendo mi única fiel compañera... ¡Mi hermano!...

—Déjalo, Ingrid. Yo le extraeré las balas —dijo Lorimer,

levantándola a ella, y buscando en la cartera del botiquín una lanceta-extractor.

Monty Morgan llamó la atención de Ingrid:

—Un pigmeo que dice algo que no entiendo.

Salió ella, y el pigmeo repitió su mímica, y la palabra. Ingrid asintió, y el pigmeo fué a reunirse con los otros diez.

—Vigila, Monty. Ellos, ahora, sabiendo que han muerto los demás, podrían pretender atacarnos.

Monty Morgan, en el umbral, con el fusil terciado ante el pecho, examinó a los once pigmeos que, acurrucados formando un estrecho círculo, murmuraban entre sí.

Ingrid entró, y mientras Lorimer tanteaba por las heridas, buscando los dos plomos, expuso:

—Los Haussa son una tribu salvaje nómada. Los otros seis desgraciados, alucinados por Olaf, se alejaron demasiado, y fueron a caer entre unos Haussas, que los han cogido.

Extrajo Lorimer un plomo, y dijo:

—Haz un drenaje y rellena aquí, Ingrid. No se morirá Carl puedes estar tranquila. La otra bala está honda, pero nada de corazón ni arterias está tocado.

A la media hora, dos drenajes taponaban las heridas, extraídas las balas. La fiebre acometía a Carl Engel, haciéndole tiritar, mientras su frente se bañaba en sudor.

Monty Morgan advirtió desde el umbral:

—Será mejor que vayamos a uno de los hangares. Los pigmeos, se han ido llevándose al guía congelés. Han ido hacia el norte, pero apostaría cien contra uno, que van a volver ésta noche.

—Yo llevaré a Carl.

Ingrid recogía en sacos las provisiones, y por espacio de dos horas, Morgan y Lorimer fueron llevando víveres, armas y municiones al hangar más próximo a la cascada.

Interiormente, estaba construido de acuerdo con el plano de un explorador. El aire del exterior procedía de varias ranuras de apenas diez centímetros abiertas a media altura, y que por la parte interna formaban bisel a modo de troneras de tiro.

Ocho literas de camarote, en dos pisos de cuatro, una mesa larga y ocho escabeles. Una batería que ponía en funcionamiento dos ventiladores. Y en una esquina, entre dos lavabos, un hornillo de petróleo.

Había una sola puerta. Todo era metálico, chapeado, y el techo picudo para que sobre él resbalasen los aluviones de las torrenciales lluvias primaverales.

En una litera baja, Carl Engel se debatía prietamente vendado. Su hermana trataba de apaciguarle en su delirio febril.

—La gloria —susurró Morgan—. No podemos volver a Matadí, y si no vienen los pigmeos, vendrán los de Ferdy, y si no vienen estos, siempre nos cabe la esperanza de que acudan unos cuantos Haussas.

—Hay comida para largo. El agua es lo más peligroso, porque si atacan cortarán los tubos.

—Vamos a llenar cuántas latas podamos, Alan, por turnos. Si los pigmeos se enardecen entre sí, pueden venir antes de la noche.

—No lo creo. Le tienen miedo a estos cacharros —dijo Lorimer palmeando la culata de su fusil-ametrallador.

—Hay barricas en el otro hangar con agua esterilizada y cajas de pastillas para impedir que el agua se corrompa —avisó Ingrid.

Emplearon otras dos horas en trasladar las barricas y cuanto había en el otro hangar. Comieron, y después, Morgan y Lorimer salieron al exterior.

—Está mal Carl —comentó Morgan.

—Crisis. Si mañana por la mañana vive, está a salvo. Ingrid es la mejor enfermera.

—De su hermano, Alan, pero para todos los demás, nos trae mala suerte.

—Calla —rezongó Lorimer—. Su historia es muy triste...

—No lo dudo, pero es cierto que trae mala suerte.

—Al fin y al cabo, no eres más que un marino supersticioso.

—Sin enojarte, Alan. Los doce de Olaf, pudriéndose en barrigas de cocodrilos y en ollas de Haussas. Los pigmeos se llevaron el cuerpo de Olaf.

—Para registrarle los bolsillos. Las armas las recogió Ingrid.

—La realidad es ésta: un moribundo, una mujer... y nosotros dos aquí, solos.

—Puedes irte, Morgan, que nadie te obliga a quedarte.

—Estás de mal humor, pero no te desfogues conmigo.

—Perdona. Es que la situación no tiene mida de sonrosada.

—Allí dentro podemos aguantar lo que sea. Y un día u otro vendrá Lars con gente.

—El no debió nunca permitir que Ingrid se metiese aquí con el loco de Olaf.

—Fué Ingrid la que así lo quiso. Ni la acuso ni la defiendo, Alan, me limito a repetir que ella trae mala suerte, y ojalá me equivoque. No será su culpa, habrá nacido marcada con el mal signo...

—Calla, tritón. Mira...

En lo alto de la cascada, en los peñascos a cada lado del gran chorro unos pigmeos iban apareciendo.

Retrocedieron los dos, yendo hacia el umbral encañonando hacia lo alto sus fusiles.

Estallaron varios silbidos, y ambos corrieron entrando en el

hangar, cerrando la puerta contra la que se estrellaron más flechas...

No dijeron nada, porque no era necesario explicar que eran cuatro blancos rodeados por una selva hostil.

El día transcurrió lentamente, atendiendo Ingrid a su hermano, y dormitando en literas Lorimer y Morgan. Al llegar la noche, se aproximaron a las ranuras defendidas por tela metálica, para obstruir el paso de insectos.

Oían lentas pisadas, arañazos, cuchicheos, y sobre el techo también los mismos rumores.

—Buscan entrar, pero no podrán —dijo Morgan.

A la media noche un calor sofocante invadió el interior. Por las ranuras se divisaban las llamas...

Los pigmeos habían encendido fogatas en rededor del hangar.

—No saben que el amianto es incombustible —comentó Morgan que al igual que Lorimer habíase quitado botas, camisa y sudaba copiosamente. Ingrid puso en funcionamiento los dos ventiladores, que con su zumbido, renovó el aire, ahuyentando el humo que iba penetrando por las ranuras.

Oyéronse de pronto golpetazos contra el suelo. Seguidos y constantes, como si se batiera un gigantesco tambor.

Morgan murmuró:

—Están socavando alrededor, en busca de los cimientos.

Ingrid Engel viendo que su hermano dormía ya pesadamente, apaciguado, se acercó a los dos americanos.

—Es un enrejado metálico, con aislantes por debajo, asido con grapas clavadas en roca. No pueden derribar el hangar, que está proyectado contra todas las eventualidades.

Miró Morgan su cronómetro, que marcaba la una y siete de la madrugada. A los golpetazos contra el suelo, siguió un repentino silencio.

Abalanzóse Lorimer a una de las ranuras, por la que colocó la boca del fusil, dispuesto a disparar, a través de la tela metálica.

—Es inútil abrir paso a los mosquitos, Alan.

Chorros de agua iban penetrando por las ranuras.

—Pretenden ahora anegar esto, ¡los muy...! —imprecó Lorimer.

—Refrescará el ambiente.

—¡Nos vamos a ahogar! Hay que salir...

—Calma, Alan. El agua llegará hasta las ranuras, pero no más arriba. Traslademos a Carl a la litera alta, y con tendernos en la tercera, estaremos a salvo. Hay que colocar arriba las armas y provisiones. Ayuda, Ingrid.

Chapoteando en el agua que iba invadiendo el interior, verificaron los traslados. A las dos y media, el agua rasaba cubriendo la segunda litera, pero ya no ascendía, porque las mismas ranuras por dónde

entraba el líquido expulsaba el que pretendían hacer penetrar.

En la litera alta, Ingrid sentábase al lado de su hermano amodorrado. En la otra, Morgan intentaba dormir, mientras Lorimer creía vivir una pesadilla.

A las cuatro y dos minutos, restallaron ráfagas de disparos, crepitando desde los cuatro puntos cardinales.

—Sverborg —dijo Lorimer, ceñudo—. Lo prefiero a los enanitos.

Fuera, los pigmeos caían acribillados y en un instante, cubrieron el suelo, mientras Ferdy Sverborg y sus seis cómplices, avanzaban disparando sin cesar.

Cesó el estampido, y Fredy Sverborg señaló a varios el otro hangar. Se encaminó agazapado hacia la puerta que golpeó con su culata.

—¡Salid! Ya no hay peligro. ¡Salid!

Su voz amortiguada llegó a oídos de los que en sus literas, se miraron entre sí.

El agua al no recibir más complemento, iba descendiendo filtrándose, absorbida. Alan Lorimer con el agua hasta los sobacos caminó lentamente hacia la puerta, y desde dentro repicó con los nudillos.

—¡Hola, Ferdy! Soy Lorimer.

—¡Hola! ¿Qué ha ocurrido?

—Los pigmeos mataron a Olaf, a Carl, y a los doce tripulantes!

—¡Maldición! ¿Y ella, ella?

—Debió ser raptada. Nosotros dos, Morgan y yo conseguimos meternos aquí dentro. Cuando llegamos estaban ya atacando los pigmeos.

—¡Abre!

—No puedo. El agua inunda la mitad inferior. Cuando destile el resto, abriré.

Tras la puerta un doble barraje de hierro, estaba a prueba de acometidas.

Palpaba Sverborg el material, y comentó:

—Podemos intentar desde fuera abrir un boquete para facilitar la salida del agua.

—Es chapa triple, contra todo intento. Algo así como un cofre fuerte —gritó Lorimer—. Ya abriremos apenas salga toda el agua.

Se oyeron los pasos de Sverborg alejándose. Encaramóse, chorreante, Lorimer en la litera, y en voz baja dijo:

—No podemos engañarle mucho tiempo más. Querrá ver con sus ojos aquí dentro. Si os pudiérais esconder vosotros dos...

Ingrid Engel sacudió la cabeza:

—Sverborg no entrará aquí, pero no estáis obligados a...

—Calla... No creo que tengas derecho a suponer que vamos a dejarte a merced de este tiburón. Podemos salir nosotros dos... Ellos

no pasan de siete fusiles... y la primera sorpresa...

—Un momento —dijo Morgan—. Una cosa es disparar si nos atacan, y otra es escabecharlos a sorpresa. Reflexiona, Alan. Tu misión era averiguar lo que se proponía ella. Ahora, tu misión, es defenderla, pero no atacar a traición a otros que nada te han hecho.

—Vienen a por ella, Morgan.

—Y lo impediremos, mientras podamos.

—Un extraño escrúpulo, Morgan.

—Tiene razón, tiene razón —repitió Ingrid—. Hay bastantes muertes. Cuando vuelva Sverborg, yo le hablaré.

Pasó una hora, y amanecía, cuando Sverborg que había recorrido todo el campamento, apostó a los congoleses en cinturón radial de cien metros.

Volvió a la puerta, golpeándola con la culata de su rifle.

Ingrid Engel, con el agua a medio suelo, llegó hasta la puerta.

—Hola, Ferdy.

—¡Mald...! Vaya, vaya... Te ganaste a los dos americanos, Ingrid. Anda, ya se acabó todo, Ingrid. Podemos pactar, a medias.

—No pactas. Tú me odias, Ferdy.

—Salid, o de lo contrario, os arrepentiréis.

—De un momento a otro, vendrá Lars Printz con un centenar de europeos reclutados. Huye ahora, Ferdy, antes de que lleguen.

Crepitó contra la pared, junto a la puerta, la ráfaga furiosa de cinco balazos que disparó Sverborg. La chapa exterior se abolló.

Poco después dos negros derribaban a hachazos un corpulento árbol. Por una ranura, Morgan divisó a los veinte negros, que abrazando el tronco avanzaban hacia la puerta.

Gritó:

—¡Voy a disparar, Ferdy! ¡Dos minutos para que escapes!

Corriendo, Sverborg se refugió en el otro hangar. Morgan apuntó cuidadosamente dos metros por delante, de los pies de los negros primeros, que con el enorme tronco se disponían a arremeter contra la puerta.

Disparó, afinando la puntería. Las motas de hierba y tierra saltando, detuvieron a los congoleses. Uno de ellos, herido de rebote en una pierna, chilló.

Soltaron el tronco, corriendo en todas direcciones, pese a los gritos furiosos de Sverborg, que asomó por la puerta del otro hangar.

Alan Lorimer disparó hacia el umbral, y Sverborg saltó adentro.

Rió Lorimer:

—Sitiadores y sitiados estamos igual... hasta la noche.

Carl Engel había recuperado el sentido. Bebía lentamente, a sorbos, de la cuchara que le tendía Ingrid.

Lorimer disparó desde la otra esquina, contra los escandinavos que

pretendían azucarar a los congolese. Otra retirada rápida.

Y el resto del día, alternaron Lorimer, Ingrid y Morgan, en recorrer fusil en mano la franja de ranura, donde ya la tela metálica ofrecía orificios a trechos.

El agua ya absorbida había dejado en el suelo un limo fangoso. Los mosquitos entraban y quemó Morgan torcidas de petróleo en el hornillo para ahuyentar la mortificante invasión.

Las tinieblas cayeron sobre el campamento. Susurros, deslizar de pasos, y de pronto un estruendoso estampido contra la puerta, anunció que el tronco ariete iba a abrir un paso.

A cada lado de la puerta, por la ranura, ladeando el fusil, apretaron el gatillo Morgan y Lorimer.

Transcurrieron veinte minutos, largos como siglos. Un segundo golpe sacudió la puerta, y de nuevo dispararon...

Un griterío estremecedor pobló el aire nocturno. Eran unos gritos infrahumanos, que erizaban el cabello.

—Haussas —dijo Ingrid, mirando por una ranura.

Veíanse cuerpos blancos, cómo esqueletos. Eran negros pintarrajeados, con cascos de plumas, y largas lanzas. Algunos disparaban las armas de fuego cogidas a los seis que la noche anterior habían hecho prisioneros, atormentándolos durante horas...

Y se sucedieron horas de pesadilla viviente, con los lúgubres lamentos de Ferdy Sverborg y los suyos, torturados por los Haussas. Morgan y Lorimer disparaban enfebrecidos, aunque sabían que los Haussas ya no estaban a tiro.

Querían apagar el eco de aquellas gargantas humanas torturadas.

Alan Lorimer cesó de disparar, gritando:

—¡Voy allá! Esto acabará por volverme loco...

Se encaminó a la puerta, pero antes de llegar a ella, le interceptó el paso Ingrid, abiertos los brazos:

—Estamos salvados, permaneciendo aquí. Nosotros no podemos salvar a Ferdy y los otros.

—Los Haussas volverán aquí. Es para volverse loco...

Carl Engel, pesadamente, bajó de su litera, pisando con cuidado.

—Duerme, Alan. Estás reventado de fatiga. Duerme.

En la litera, durmióse Lorimer, acariciada la ardorosa frente por los pañuelos mojados que Ingrid iba colocándole.

—Y van cuatro —anunció Morgan, cuando vio caer al cuarto haussa que cautelosamente avanzaba hacia el hangar.

Carl Engel disparaba al otro lado. Ingrid se colocó en una esquina. El crepitar de los rifles, cada diez o quince minutos, señalaba la caída de otro haussa.

Iba amaneciendo. Morgan comentó:

—De día no vendrán. Hasta la noche podemos respirar... si es que

esto es respirar. Mosquitos, calor y humo... ¡y esta maldita batería inundada!

—Yo vigilaré. Dormid vosotros —dijo Carl Engel.

Agotados, tendiéronse Ingrid y Morgan en literas opuestas. Ella murmuró antes de sumirse en sueño profundo:

—Perdón. Señor...

Hacia el mediodía, Carl Engel yacía en el suelo, desmayado. Morgan y la sueca, dormían profundamente.

Fue Lorimer el que incorporándose, tendió el oído. Aquel zumbido... Saltó al suelo, excitado...

Tensos los músculos, quiso creer que no era alucinación. Por fin, sacudió a Morgan, a Ingrid y corrió a hacer lo mismo con el yacente Engel.

—¡Aviones!

Abrió la puerta, olvidado de todo. En alto los brazos, disparó para llamar la atención del avión que volaba encima de la cascada, a unos cien metros de altura.

El avión se alejó, desapareciendo. Media hora después regresaba seguido por un autogiro, que planeó hasta posarse en el valle.

Lars Printz saltó al suelo, estrechando entre sus brazos a Ingrid. Explicó:

—Me cablegrafió un capitán de mar, llamado Patrick Logan. Me decía que en el Wango había mucho peligro para Ingrid Engel. Vienen por el río, los europeos reclutados. Vimos huir muchos negros...

En el otro hangar, las conversaciones demostraron que Ingrid Engel no había hallado tesoro alguno. Que el Wango era concesión obtenida por Printz y sería un arranque de la civilización aportando sus beneficios al África Central, como punto de partida del gigantesco mundo del futuro: la Atlantropa.

EPÍLOGO

Dos meses después, Montague Morgan informaba detalladamente a su superior. Terminó:

—En mi vida pisaré tierra africana, ni selva alguna, señor.

—La dimisión de Lorimer es extraña.

—Le entusiasmó la Atlantropa, y aceptó ser algo así como inspector jefe de un millar de capataces blancos.

—O tal vez...

—No. Sabe que Ingrid, mientras Lars Printz viva, no aceptará el amor de ningún hombre. Lo que sí sabe también ahora Alan Lorimer es que la mentalidad europea es muy distinta a la nuestra, señor.

—Tengo una misión para usted, Morgan.

Receloso, Morgan musitó:

—He pasado mucho calor, señor.

—En Alaska.

—¡Magnífico, señor! Será un veraneo.

FIN

UN MISTERIOSO ASESINATO...

cometido en el expreso de Marsella. Unos documentos de alto valor diplomático y militar. Una piedra preciosa robada del templo sagrado de Khor Labath, y el tesón y la audacia de un agente del Deuxième Beureau francés, forman los elementos básicos de la intrincada y apasionante trama de

Acción en Oriente

debida a la brillante pluma de

KENT MILLER

A través de las páginas de esta excepcional novela que, se publicará en el próximo número de la siempre interesante.

COLECCIÓN SERVICIO SECRETO

se sintetiza la palpitante actualidad de la lucha con el Viet Nam.

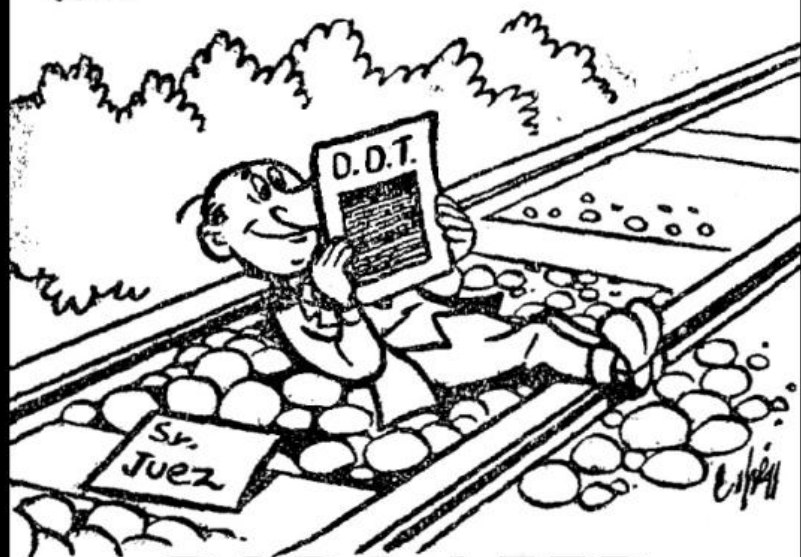
No deje usted de leer

Acción en Oriente

por

KENT MILLER

**CUALQUIER
MOMENTO ES BUENO...**



**...PARA LEER
El DDT**

**LA PUBLICACION
MAS DIVERTIDA DE
TODOS LOS TIEMPOS**

SOLO CUESTA 2 PTS.

Últimas novedades de EDITORIAL BRUGUERA



COLECCION PIMPINELA

Núm. 265 - Desabel.

■ AMOR PASADO POR AGUA

Núm. 266 - Mercedes Muntó.

■ AMBICIÓN

Núm. 267 - Corín Tellado.

○ ÉL ERA ASÍ

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 Pts.



COLECCION ROSAURA

Núm. 105 - María Lar.

■ ENTRE DOS CAMINOS

Núm. 106 - Sergio Duval.

■ LA HORA DEL RETORNO

Núm. 107 - Maricé Salcedo.

○ LA COPA VACÍA

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 Pts.



COLECCION MADREPERLA

Núm. 161 - María Adela Durango.

■ EL HUESPED DEL CASTILLO DUNTHEY

Núm. 162 - Trini de Figueroa.

■ ROMPIENDO EL PASADO

Núm. 163 - Ágata Mor.

○ EVA DEBIÓ SER ADÁN

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 Pts.



COLECCION BISONTE

Núm. 206 - Raf Segram.

■ UN HOMBRE QUE NO PERDONA

Núm. 207 - Orland Garr.

■ RURALES DE TEXAS

Núm. 208 - Tex Taylor.

○ LOS CINCO ÚLTIMOS

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 4 Pts.



COLECCION SERVICIO SECRETO

Núm. 70 - Jack Grey.

■ CHANTAJE TRÁGICO

Núm. 71 - Peter Debry.

■ LOS TIBURONES DEL "TRITÓN"

Núm. 72 - Kent Miller.

○ ACCIÓN EN ORIENTE

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 Pts.



COLECCION AUTORES FAMOSOS

Núm. 24 - Zane Grey.

■ LEONES EN EL GRAN CAÑÓN

Núm. 25 - Charles B. Judah.

■ TOM BONE

Núm. 26 - Zane Grey.

○ TUBURONES DEL BOSQUE

APARICIÓN BIMENSUAL. PRECIO 16 Pts.

■ Últimos volúmenes aparecidos.

○ Volúmenes de próxima aparición.



Precio: 5 pts.